

# ANÉCDOTAS DEL PADRE D'ALZON

## Henri-Dieudonné Galeran

\*\*\*\*\*

Texto original: *Croquis du P. d'Alzon*, par le Chanoine H.-D. Galeran, Maison de la Bonne Presse, Paris 1924, 358 pág.

Traducción: P. Tomás González, a.a.

Foto de portada: P. Julio Navarro, a.a.: Castillo de Lavagnac, torreón cuya habitación ocupaba el Padre d'Alzon

Diagramación: Srta. Loredana Giannetti

Edición: Agustinos de la Asunción Casa Generalicia – Roma. Diciembre 2002

### ÍNDICE DE LA 1ª SERIE

<b>PREAMBULO</b> .....	25	Calcetines de seda.....	24
<b>PROLOGO</b> .....	33	Leal y altivo .....	25
<b>PRIMERA SERIE</b> .....	65	Dignidad declinada .....	25
Henri y Anatole - Diferencia y parecido.....	67	Fidelidad a los principios.....	26
Peonía y Dalia.....	69	Historia de un anillo.....	26
Juicio sobre una predicación.....	70	Cuestión social.....	27
Hacer el pino.....	71	Monseñor Plantier.....	28
"Ese sacerdote es mi hijo".....	71	Las almendras .....	29
Buena redada .....	72	Admirable sencillez .....	30
Los tres cardenales ingleses.....	84	Tres hombres, tres sacerdotes, tres santos.....	31
Nobles palabras y hermoso gesto.....	90	Corazón noble y generoso.....	31
Lección y justificación.....	102	Una noche de Navidad .....	32
Las dos petacas .....	100	Presentimiento .....	33
La mano escaldada .....	114	Charanga de la Asunción .....	33
El arte de tratar con Dios .....	115	En torno a un cántaro .....	34
Su modo de celebrar la misa .....	116	Navegante audaz.....	34
Predicación original .....	117	Hijo pródigo.....	35
Respeto por las cosas santas .....	129	Mirada de águila .....	36
La ambición del Padre .....	122	Libros prohibidos.....	36
Inglaterra y Rusia.....	121	Seamos ahorrativos.....	37
Una humillación con elegancia.....	133	Angeles adoradores.....	38
Instinto de lo bello .....	134	¡Sólo Dios!.....	38
Suspiros y "peccairés".....	150	Cruz de honor .....	38
Pareados.....	151	Conversación íntima .....	38
Hermano y hermana.....	152	Carta misteriosa .....	39
Candidatura al Consejo general .....	165	Lección de etiqueta .....	40
Curitas de azúcar.....	182	Camisa y marmota .....	41
Georges Stephenson.....	194	Franqueza de gentilhomme.....	42
Dos lecturas .....	197	En peregrinación.....	42
Reunión de amigos.....	208	Homenaje agradecido .....	43
Consejos a los novicios.....	213	NOTA .....	44
Director del colegio .....	229		

## PREAMBULO

*Las Anécdotas del Padre d'Alzon que reunimos en este volumen fueron publicadas en la revista Souvenirs. Las raras casas que poseen la colección completa encontrarán allí estas Anécdotas, diseminadas en intervalos muy irregulares, a partir del número del 9 de diciembre de 1893, hasta el del 14 de octubre de 1899. Dos interrupciones, en 1894 y en 1896, más largas e intencionalmente queridas por el autor, motivaron dos reinicios, cada uno de los cuales fue titulado: Serie; de modo que contamos con tres series de Anécdotas. Este reparto en tres series no tiene otra justificación; no hay, pues, que buscar categorías de recuerdos que hubieran sido agrupados metódicamente, según una lógica, o cronológicamente o conforme a algún otro criterio. Se trata de anécdotas, de rasgos de vida del Padre d'Alzon, coleccionados sin orden, sin más relación entre ellos que el talante que les da vida. El señor Galeran nos presenta en ellos al Padre d'Alzon en la espontaneidad y la sencillez de sus relaciones familiares, partiendo de una memoria especialmente fiel y de algunas notas tomadas día a día. Conservaremos para estas Anécdotas su aire indisciplinado y su división en tres series, aunque no sea más que para recordar las circunstancias un tanto caprichosas de su redacción.*

*El autor de estas Anécdotas es el canónigo Henri-Dieudonné Galeran, uno de los primeros alumnos del colegio de la Asunción en Nimes. Fue condiscípulo del futuro cardenal de Cabrières y del futuro Padre Picard, tres amigos cuya profunda amistad celebra en toda circunstancia Galeran.*

*Parece ser que el Padre d'Alzon tenía la esperanza de que Galeran se hiciera Asuncionista, pero éste tenía un carácter demasiado independiente y demasiado imaginativo para plegarse a la vida conventual. Entró en el clero de la diócesis de Montpellier, fue capellán del convento de la Providencia de Montpellier y luego, como párroco de Ceyras, tuvo sus trifulcas con su obispo: le planteó un proceso en Roma, que ganó según él; pero añadía que, por el bien de la paz, Roma misma le aconsejó abandonar la diócesis. Varias de las Anécdotas hacen referencia a tales trifulcas entre Galeran y su obispo, así como a la intervención del Padre d'Alzon. A este respecto ver la Anécdota titulada: Escudo protector<sup>1</sup>.*

*Esto tenía lugar entre 1860 y 1862.*

*Galeran se hizo entonces misionero en Inglaterra, donde su inteligencia, su celo apostólico y sus talentos de orador le granjearon grandes éxitos. Nunca dejó de mantener una relación epistolar bastante seguida con el Padre d'Alzon, del que siempre se mostró, al igual que todos aquellos primeros discípulos del Padre, como un hijo profundamente afectuoso y entusiasta. Tras vivir cerca de treinta años lejos de la Asunción, reapareció entre nosotros por París en agosto de 1892, y le pidió al Padre Picard permiso para pasar en nuestra casa de Jerusalén las vacaciones que le concedía, eso afirmaba, el Gobierno inglés.*

*El señor Galeran llegó a Nuestra Señora de Francia a mediados de agosto de 1892. La revista Souvenirs de entonces (número 118) cuenta la fiesta de san Agustín y dice: "Después de Completas, el señor Galeran nos ha dirigido una deliciosa y arrebatadora instrucción sobre los motivos que habían impulsado al Padre d'Alzon a elegir a san Agustín como patriarca de la Congregación. Aprovechamos cada día los recreos para que nos cuente nuevos detalles sobre nuestro fundador; él se siente feliz satisfaciendo nuestra piadosa curiosidad".*

*El señor Galeran ya no se movió de Jerusalén. Más tarde le pidieron que pusiera por escrito las anécdotas que de tal modo encantaban a la comunidad de Nuestra Señora de Francia, para que toda la Congregación pudiera aprovecharlas. Se hizo de rogar largo tiempo. Finalmente se decidió, y el primer Croquis, o más bien el*

---

<sup>1</sup> Estas trifulcas tuvieron su origen en un abuso de poder por parte del Gobierno de entonces que quería prohibir a los eclesiásticos viajar a Roma sin una autorización previa. Eso bastó para que Galeran emprendiese un viaje a Roma inmediatamente. Esta es la razón por la que fue suspendido por su obispo, sentencia que fue recurrida a Roma por Galeran. El último párroco de Ceyras (que ha gobernado esa parroquia durante más de treinta años y acaba de presentar la dimisión en 1923 por razones de edad avanzada) era seminarista entonces y cuenta cómo durante las vacaciones, habiendo ido un sábado a confesarse como de costumbre con el abate Galeran, éste le dijo:

- Pero muchacho, ya no puedo confesar, el obispo acaba de suspenderme.

Recuerda también la voga extraordinaria de los sermones de Galeran. Acudían a escucharle desde los pueblos aledaños y hasta de Clermont, la ciudad más cercana, de modo que la iglesia de Ceyras se volvía pequeña para tan enorme afluencia y Galeran tenía que predicar en la plaza pública.

*Croquis que sirve de introducción a los demás, salió en el nº 163 de Souvenirs, con fecha del 10 de febrero de 1894. En realidad el número 156 del 9 de diciembre de 1893 ya había publicado algunos, a manera de espécimen destinado a excitar la expectativa de los lectores. El número 405 del 14 de octubre de 1899 publicó el último. Los Croquis cesaron, no porque la memoria del señor Galerán se hubiera secado o la materia agotado (al contrario, decía poseer aún muchas notas sin utilizar), sino porque Souvenirs dejó de publicarse. Era la época de nuestros procesos, de la disolución legal, de nuestra desaparición. Pasamos más o menos a la clandestinidad y hubimos de esconder cuidadosamente todo cuanto pudiera revelar nuestra pertenencia a una congregación.*

*No necesitamos cantr las alabanzas de estas Anécdotas, sobre todo después del bien que de ellas ha dicho y escrito el Padre Picard, secundado por el Padre Emmanuel (Bailly) y los antiguos, que habiendo conocido íntimamente al Padre d'Alzon, podían apreciar en qué grado las notas del señor Galerán pintaban en vivo a nuestro Padre. Habrá que lamentar que todo cuanto hubiera podido escribir aún el señor Galerán no haya salido a la luz, y sobre todo que los papeles, las notas, las cartas que poseía no se hayan conservado.*

*El señor Galerán siguió siendo el huésped de Nuestra Señora de Francia hasta la guerra de 1914. Había envejecido mucho: su avanzada edad (82 años) le hacía acreedor a ello. Fue expulsado sin piedad por los Turco-Alemanes con toda la comunidad, en condiciones de fatiga que iban a resultarle fatales. Pudo arrastrarse hasta Damasco. Allí, exhausto y completamente imposibilitado para proseguir su éxodo, fue confiado por sus compañeros de infortunio a los cuidados de las Hijas de la Caridad que le cuidaron en su hospital con toda la entrega que merecía una tal desgracia. Allí falleció algunos días más tarde. Sus papeles, notas, cartas, etc., si todavía las tenía, se han perdido completamente.*

*La preciosa colección de Souvenirs que contiene los Croquis no hay modo de encontrarla. Pocas casas la poseen, y en adelante, como no existe ningún depósito de esta antigua publicación, no habrá modo de hacerse con ella si no es despojando a los afortunados poseedores (lo que a veces sucede sin demasiados escrúpulos). Por lo tanto, a falta de una biografía del Padre d'Alzon que se pueda poner en manos de nuestros alumnos o de nuestros jóvenes religiosos, que lo ignoran todo de nuestro fundador, ha parecido útil, con la anuencia del Padre General, hacer una publicación aparte de los Croquis del Padre d'Alzon. De ahí la presente publicación.*

*París, 16 de abril de 1924,  
en el 21º aniversario de la muerte del P. Picard.*

\*\*\*\*\*

## **PROLOGO**

### **a mis notas y recuerdos sobre el Padre d'Alzon**

#### **Los Agustinos de la Asunción**

No soy un Agustino de la Asunción, pero soy el hermano de los Agustinos de la Asunción, ya que su fundador ha sido mi maestro, y siempre le he querido y venerado como padre. Soy uno de los más antiguos alumnos del Padre d'Alzon; he tenido el envidiable honor de haber sido amado por él como un hijo: por esta razón me siento responsable de un proyecto que, a mi ver, es un deber. Se trata del proyecto de recoger minuciosamente mis recuerdos, consignarlos en notas precisas para trasmitírselas a nuestros queridos Agustinos de la Asunción. Tengo el deber, así lo siento, de rendir a la memoria de mi Padre el homenaje afectuoso de un hijo que cuenta a los más jóvenes de la familia, mediante conversaciones íntimas, lo que ha visto, lo que ha escuchado de un jefe cuya enorme figura merece ser puesta de relieve. ¿Y quién podría hacerlo mejor que nosotros, los antiguos, que tan a menudo hemos sentido su noble corazón latir contra el nuestro?

Aquí no se trata de dar pruebas de elocuencia, de revestir el pensamiento con formas rebuscadas, ni de excitar la admiración mediante lo efectista: no, seamos sencillos, como el afecto puro; contemplemos los rasgos de nuestro Padre en su expresión más natural, tan atractiva y tan distinguida. ¡Que nada se nos escape, ni el menor detalle!

Quisiera, desde el primer paso de este interesante estudio, responder a una objeción que atañe a los Agustinos de la Asunción, formulada más de una vez por hombres de peso, tales como obispos, superiores de Órdenes religiosos y eminentes laicos. Hablo de lo que se me ha dicho a mí mismo; diré lo que he respondido.

Es siempre la misma objeción, aunque en términos distintos, según las personas que la expresan: *Los Agustinos de la Asunción no son lo que su fundador pretendía hacer de ellos. Tales como son, hay que admirar su celo, pero se han desarrollado según un proyecto que nunca fue el del Padre d'Alzon.*

He aquí en primer lugar mi impresión personal: entre 1846 y 1850, conocí las ideas íntimas del Padre d'Alzon sobre el objetivo de la Congregación que deseaba fundar; más tarde, de 1857 a 1862, seguí el desarrollo de una familia cuya cuna conocía. Después de esta época, lanzado por una tempestad sobre riberas extranjeras, ya no vi absolutamente nada de los Agustinos de la Asunción, a pesar de que el Padre d'Alzon me escribía a menudo a mi destierro, mejor dicho, a mi "nueva patria".

Finalmente, tras una treintena de años de ausencia, siendo ahora un hombre nuevo por las costumbres, el idioma y la posición social, me fue posible tomar un poco de descanso que aproveché para volver a ver Francia, París y Nimes. Vi a los Agustinos de la Asunción en su trabajo; naturalmente observé mucho. Mi asombro fue grande al contemplar los rápidos progresos de una Congregación de cuyo humilde origen había sido testigo. Sin embargo, no me fue difícil identificarme con ella, volvía a mis raíces, me encontraba en mi propia casa en todas partes y con todos. Ahora veía al hombre hecho y derecho que había dejado en pañales. Pasada la primera sorpresa, pude contemplar con claridad, en el hermano crecido, los rasgos, la actitud de mi Padre; escuché el timbre de aquella voz varonil y enérgica que tan bien conocía.

Fui recibido y abrazado como el hijo mayor que vuelve de una lejana región; abracé a los de mi tiempo y a los más jóvenes con aquellos latidos del corazón que son la prueba de que uno ha reencontrado a los suyos. Y echando una ojeada sobre el conjunto de la Congregación y sus obras, he visto la realización de un plan cuyas grandes líneas conocía perfectamente. He quedado maravillado, pero a decir verdad, me lo esperaba, pues sabía lo que el Padre d'Alzon quería hacer.

Todo esto es personal, sin duda, pero no carece de valor argumentativo.

El Padre d'Alzon abrigaba en su pensamiento la idea de todo aquello que luego se ha hecho realidad en su familia religiosa.

El divino Maestro no vio en la tierra desarrollarse y crecer a su Iglesia. En su tiempo, el Cenáculo no dejaba entrever a un San Pedro de Roma; el *Credo* compuesto por los apóstoles no indicaba que un día numerosos Concilios se reunirían para explicitar sus artículos. Viendo pasar a Simón Pedro por las calles de Jerusalén, de Antioquía o de Roma, los primeros fieles no pensaban en la tiara de oro de los papas, en el colegio de los cardenales, en los obispos con cabeza mitrada. ¿Quién osaría decir que la Iglesia no es hoy lo que su divino Fundador quería hacer de ella y que ya no es conforme al plan del divino Maestro? Quien ha hecho el fuego del sol, ¿no ha hecho igualmente sus rayos resplandecientes, pese a que no se propagan sino poco a poco, desde la salida del astro hasta el mediodía?

En una Congregación religiosa pasa lo que en la Iglesia, aunque en proporciones restringidas.

El Padre d'Alzon había echado una semilla en tierra. Sabía por qué sembraba, pese a que sus ojos no vieron todos los prodigiosos frutos del grano de mostaza. Sin embargo, no murió sin haber contemplado el hermoso árbol que brotó de la tierra. En el momento de su muerte, su Congregación estaba formada en su espíritu, organizada en su cuerpo, en su marcha y en sus obras. Ha dejado a sus hijos cuadernos de instrucciones que explican con lucidez el objetivo que deben perseguir, los medios para llegar a él, el valor de los votos que deben unirles y la ciencia sobrenatural que debe ser la forma de su vida religiosa. El precioso escrito que tituló *Novissima verba*, resume su pensamiento. Se parece a aquellos supremos consejos que los patriarcas y los santos daban, al borde del sepulcro, a sus hijos y a sus sucesores.

¿Cuáles son los rasgos característicos de los Agustinos de la Asunción? Es una familia religiosa nueva cuyo fin responde a necesidades nuevas. Es una Congregación mixta que une a la contemplación y al oficio en coro la vida más activa. Esta actividad se manifiesta de tres maneras:

La ciencia *adquirida* mediante el estudio profundo, siguiendo las instrucciones de la Sede apostólica. La ciencia *comunicada* mediante la enseñanza, sea oral, sea escrita, la predicación y la dirección espiritual. La ciencia *aplicada* mediante la influencia ejercida directamente sobre las masas, con el fin de guiarlas y dirigir las hacia la vida sobrenatural.

El error no cambia de naturaleza; varía sus formas. Hay que descubrirlo bajo sus disfraces múltiples, para combatirlo con éxito.

Los apóstoles, a la salida del Cenáculo, echaron un vistazo al mundo; se encontraron frente a tres potencias nefastas: La idea filosófica, cuyo centro estaba entonces en Antioquía; la idea judía, en Jerusalén; la idea pagana, en Roma.

Esto quiere decir que los apóstoles tenían que toparse con el racionalismo, la falsa interpretación y el sensualismo.

En nuestros días la sociedad está atormentada por el naturalismo en las ciencias, las artes, la literatura; por la mentira, en la prensa, bajo todas sus formas; por el sensualismo, en la conducta de los hombres.

Se trata en el fondo de las mismas cosas de siempre, aunque el exterior no sea el mismo. Los medios de ataque y de defensa deben variar según las distintas modalidades que adopta el mal.

Los Agustinos de la Asunción oponen a los adversarios de la Iglesia y de la sociedad: la ciencia basada en la fe; después la prensa y las grandes manifestaciones religiosas o las peregrinaciones, que despiertan el entusiasmo, acercan y unen a todas las clases en actos públicos de fe, de caridad y de esperanza.

¿No es esto luchar directamente contra la idea filosófica, contra la idea judía y contra la idea pagana? Diremos nuestro pensamiento sobre un punto importante: No sería exacto definir a los Agustinos de la Asunción como una Congregación de periodistas y de directores de peregrinaciones. Eso sería confundir lo accesorio con el fin primero y fundamental, ya que, sin la prensa y sin las peregrinaciones, los Agustinos de la Asunción no dejarían de ser ellos mismos. Su objetivo es extender la ciencia, la vida sobrenatural y la entrega absoluta a la Santa Sede. Los medios que emplean responden a las circunstancias, pueden modificarlos o cambiarlos según las variaciones de las mismas circunstancias.

Dios ha bendecido la obra de la prensa y la de las peregrinaciones, y han tenido gran repercusión. Sin embargo, estas peregrinaciones a Lourdes, a Roma, a Jerusalén, que tienen tanta fama y hacen tanto ruido, no ocupan más que una pequeña parte del tiempo de los religiosos; y el número de los que se ocupan de ellas es mínimo, comparado con el de los que se consagran a otros ministerios, tales como la predicación, la enseñanza, la dirección de los alumnados, las misiones occidentales y orientales.

La Peregrinación Nacional a Lourdes exige menos de un mes de trabajo; la de Jerusalén apenas dos meses cada año.

La Casa de la Buena Prensa está dirigida por algunos religiosos de la Casa Madre, pero la mayoría de los religiosos de esta casa se dedica al ministerio pastoral y no tiene nada que ver con la prensa.

Quienes quisieran entrar en la Congregación con la idea de hacerse exclusivamente periodistas o guías de peregrinaciones quedarían muy decepcionados.

Volvamos a nuestra idea principal: Creo que ningún general en jefe habrá trazado jamás un plan de campaña con mayor energía, precisión y claridad que el Padre d'Alzon en una nota dirigida a su sucesor. Hela aquí:

*Recuerdo la divisa de la Asunción: Adveniat Regnum Tuum.*

*1º Trabajar en la restauración de la enseñanza superior cristiana sobre los principios de san Agustín y de santo Tomás.*

*2º Combatir contra los enemigos de la Iglesia encuadrados en las sociedades secretas, bajo la bandera de la Revolución.*

*3º Luchar por la unidad de la Iglesia dedicándome a la extinción del cisma.*

*Para mí en adelante ¡ahí está todo!*

El Padre Picard ha recibido este precioso legado; ha meditado su alcance y se ha atenido a él. Por ello los Agustinos de la Asunción abarcan en sus estudios todas las ramas de la ciencia. Han organizado un sistema de prensa para extender la enseñanza cristiana. Convocan a los pueblos a reunirse a su alrededor; los conducen a Roma, a Jerusalén, a Lourdes, para unirlos y agruparlos alrededor de la Cátedra apostólica, único centro de unidad.

Hay que afirmar, pues, que los Agustinos de la Asunción son lo que su sabio fundador pretendía hacer de ellos. Caminando tras sus ilustres huellas, despliegan en sus obras la amplitud de espíritu, la generosidad de

corazón, el celo que llega hasta la inmolación total del individuo por el bien de los demás. ¡He ahí lo que se da fundamentalmente en la Sociedad religiosa de los hijos del Padre d'Alzon!

Han adoptado esta divisa: *Adveniat Regnum Tuum*. Extender el Reino de Jesucristo, tal es el fin sobre el que se concentran las aspiraciones y las energías de los religiosos de la Asunción.

Mediante la enseñanza y la predicación, combaten la idea filosófica anticristiana; mediante la prensa, ponen al descubierto las maniobras tenebrosas de la idea judía o del espíritu de mentira que descarría a los pueblos; mediante las peregrinaciones, asestan un temible golpe a la idea pagana, es decir al sensualismo y al egoísmo, haciendo caminar a las muchedumbres tras la cruz, por el sendero de la mortificación, del sacrificio y de la abnegación.

¡*Adveniat Regnum Tuum!*

H.-D. Galeran

\*\*\*\*\*

### PRIMERA SERIE

*Las cinco primeras Anécdotas habían aparecido en Souvenirs antes que el Prólogo y no llevaban ningún título especial; ponemos ahora los títulos.*

*Las dos primeras aparecen en el número 159 de Souvenirs; las tres siguientes en el número 156; mientras que la Anécdota-Prólogo se encuentra en el número 163. A partir de la sexta Anécdota, titulada Buena redada, los títulos son del propio Galeran y las Anécdotas en adelante siguen el orden de publicación.*

#### **Henri y Anatole - Diferencia y parecido**

Estamos en 1849, en La Asunción, durante las vacaciones. El Padre d'Alzon, al bajar de su habitación, divisa en el gran patio al alumno Henri Galeran, que vestía el uniforme del colegio: túnica de tela azul de Prusia, pantalón de lo mismo, botones dorados, gorra con galones de oro.

El Padre le dice:

- Ven conmigo.

- ¿Para ir a dónde?

- ¡Curioso que eres! Te llevo para que me ayudes a misa; no te diré adonde vamos.

De camino, por los bulevares, divisamos a otro alumno, Anatole de Cabrières, inclinado sobre el tenderete de un librero. También de uniforme. El Padre le llama:

- Anatole, ven con nosotros.

Sin pronunciar palabra, Anatole se puso en marcha.

- ¿Veis, dice el Padre, la diferencia entre Henri y Anatole?: el uno ha querido saber adonde quería llevarle antes de mover un pie; el otro me ha seguido sin preguntar.

La lección fue aprendida; ¿fue aprovechada?

Pronto llegamos al convento del Refugio, la casa de las Arrepentidas. Nada podría describir la cara de circunstancias de la tornera, cuando vio al Padre d'Alzon atravesar la puerta interior del convento seguido de los dos jóvenes vestidos como oficiales. Peor aún cuando se vio que iban a ayudar a misa: la comunidad no podía creerlo, y sin embargo así fue. El Padre predicó un sermón muy práctico; y, sea dicho de paso, los dos alumnos pusieron mucha atención para retenerlo y luego lo pusieron por escrito. Sabemos que lo han guardado como reliquia preciosa; quizás lo habrán predicado también ellos, ¿quién sabe?

Tras la ceremonia religiosa pasamos a un saloncito para tomar un café con leche. La Madre Superiora llegó luego, seguida por su asistente. Llevaba un aire grave y preocupado; sin embargo saludó muy graciosamente primero al Padre y luego a los dos alumnos; después se quedó callada.

- ¡Ah, Madre!, le dijo el Padre d'Alzon riendo, veo que algo le pasa; no es difícil de adivinar por qué está contrariada. Le extraña verme llegar con estos dos señoritos, y más sorprendida aún de verlos en la capilla, ¿verdad? Pues, bien, le aseguro que antes de elegirlos he pensado en todo; les he examinado y he visto que eran lo suficientemente feos como para poder entrar aquí sin inconveniente.

La risa fue general; lo recordamos a menudo; aún nos acordamos.

#### **Peonía y Dalia**

Un día en el bosque de Campagne, el Padre estaba con estos mismos alumnos. Durante el paseo llegan a un macizo de peonías que desplegaban sus magníficas flores rojas, pero un tanto deshojadas.

- ¡Qué dalia más hermosa!, exclamó alguien.
- No es una dalia, es una peonía, dijo el Padre.
- ¿Qué diferencia hay entre una dalia y una peonía?
- La diferencia que hay entre de Cabrières y Galeran.
- ¿Qué diferencia hay?

- Es muy sencillo, te la diré: la dalia es una flor cuidadosamente cultivada, se mantiene muy erguida sobre su tallo; llama la atención por sus colores, la simetría y la disposición muy regular de sus pétalos. La peonía también es una flor, pero tiene algo de salvaje en su apariencia; sus flores exuberantes de vigor inclinan los tallos, se dehojan y dan en tierra. En una palabra, parece que siempre le falta algo; a pesar de todo se trata de una flor. ¡De Cabrières es una dalia, Galeran es una peonía!

Todos los antiguos que aún viven pueden testimoniar cuán clarividente era el Padre d'Alzon. La dalia es obispo; la peonía sigue siendo... peonía.

### **Juicio sobre una predicación**

Un joven coadjutor talentoso, al bajar del púlpito tras haber predicado un sermón sobre la Pasión, tuvo la infortunada idea de preguntar al Padre d'Alzon qué le parecía. Respuesta:

- Mire, querido amigo, había en él más de una pasión: estaba la pasión histórica contada a su manera; estaba su propia pasión, ya que tenía usted un aire de mucha preocupación; estaba la pasión del auditorio, pues ha sido demasiado largo. Como ve, ¡el conjunto mueve más bien a compasión!

El coadjutor echó un juramento, ¡pero demasiado tarde...!

Uno de sus antiguos alumnos, coadjutor de catedral, le decía un día al Padre, con demasiada complacencia, cuán numerosos sermones, retiros y pláticas había predicado.

- Está muy bien, le dijo el Padre, pero dígame brevemente los temas que ha tratado en tantos discursos.

El sacerdote se los fue enumerando. Cuando terminó:

- ¡Lamento, le dijo el Padre, que haya olvidado de predicar uno sobre *la intemperancia de la lengua!*

### **Hacer el pino**

Un venerable párroco, arcipreste y muy galicano, discutía una vez con el Padre d'Alzon. Agotados los argumentos y las buenas razones, finalmente exclamó:

- Pero, vamos a ver, si el Papa me mandara hacer el pino, ponerme cabeza abajo y los pies en el aire, ¿cree usted que estaría obligado a obedecerle?

El Padre sonrió, se quedó pensativo un instante y dijo:

- Mi querido párroco, si el Papa le mandara hacer el pino, no creo que usted fuera capaz, le veo muy gordo para lograrlo; pero seguro que haría bien intentándolo. La obediencia es obligatoria, el éxito no.

### **"Ese sacerdote es mi hijo"**

Un joven sacerdote, antiguo alumno suyo, tenía un proceso en Roma. El Padre d'Alzon tomó tan a pecho su defensa, que el cardenal Antonelli preguntó:

- Pero vamos a ver ¿qué interés tiene el Padre d'Alzon en un asunto que no le atañe?

El Padre respondió mediante una hermosa carta justificando su proceder; terminaba con esta frase: "Después de todo, Eminencia, ese sacerdote es mi hijo; quien lo toque, me hiere en el corazón".

### **Buena redada**

Estamos en 1845. Un predicador de campanillas debía predicar en la catedral de Nimes, cierto domingo, después del canto del *Magnificat*. El gentío era numeroso, atraído por la reputación del orador. Durante el canto de los salmos, el Padre, entonces todavía abate d'Alzon, divisó desde su asiento a un joven sentado cerca de una columna de la iglesia, de espaldas al altar, que parecía concentrar toda su atención en el órgano. Se le acercó y le tocó el hombro mientras le decía con suavidad:

- Veo, señor, que usted no es católico, por eso me permito indicarle que el altar no está allá arriba sino allí, en el lado opuesto.

- Señor cura, dijo el joven ofendido, discúlpeme pero sé perfectamente a qué atenerme, soy católico.

- Entonces, respondió el Padre con benevolente sonrisa, es usted un católico mal orientado, ya que está en una dirección falsa.

- ¿Qué quiere decir?

- Nada para ofenderle, mucho para servirle. El sermón va a empezar; escúchelo y luego venga a verme, y le daré cuantas explicaciones desee.

Después del sermón, el joven fue a ver al Padre, quien le tomó de la mano, diciéndole:

- Su alma es la que está mal orientada, más que su cuerpo. Tiene que ponerse en la vía recta y confesarse.

- ¿Confesarme? Nunca he pensado en eso.

- Eso es cierto y por eso he pensado yo por usted.

- Pero no estoy preparado.

- Por eso me encargo yo de prepararlo y sin tardar más. ¡Aprovechemos la gracia de Dios que pasa!

El joven, subyugado, vuelto de repente suave y dócil como un cordero, se puso en manos del Padre. Se tornó un cristiano fervoroso y un colaborador de las obras de caridad de su nuevo amigo. Él mismo es quien ha contado los detalles que transcribimos aquí; los ha relatado a menudo con el acento del más vivo agradecimiento.

Existen en la vida del Padre d'Alzon, muchos rasgos de santa audacia que contaremos en esta serie de anécdotas.

### **Los tres cardenales ingleses**

El Padre d'Alzon conocía muy bien a sus contemporáneos. Sería muy interesante la publicación, fácil de realizar, de una colección con sus apreciaciones sobre los hombres notables de su tiempo. Ya sea por correspondencia o de otra manera, estaba en relación con casi todas las celebridades serias del mundo. No exagero al hablar así.

Más de una vez le ayudé, antes de 1860, a clasificar las cajas que contenían las numerosas cartas que deseaba conservar; con su permiso anotaba cuidadosamente los nombres que desfilaban ante mis ojos. Es asombrosa la longitud de tal lista. Gradualmente me propongo extraer algunos de esos nombres de los que tendré que hablar; entre otros el de Georges Stephenson, el famoso ingeniero inglés que mantuvo en París con el Padre una larga conversación científica del más alto interés.

He conservado el resumen.

En este momento estoy haciendo una selección de mis recuerdos y de mis notas para unir a los tres grandes cardenales ingleses: Wiseman, Manning y Newman, con el fin de mostrar la exactitud de las apreciaciones del Padre d'Alzon cuando expresaba su parecer sobre tan ilustres príncipes. Encontramos en ellas los trazos del hábil lápiz de un maestro.

Había tratado mucho en Roma al doctor Wiseman; había asistido regularmente a sus sabias conferencias en casa del cardenal Weld. Escribió en la *Revue de l'Enseignement Chrétien*, de Nimes, un admirable artículo sobre *Los cuatro últimos Papas*, obra que el cardenal Wiseman acababa de publicar. Decía de este hombre eminente: "Es un sabio fuera de serie, un lingüista completo tanto en las lenguas antiguas como en las modernas, pero es un hombre que prefiere el trabajo tranquilo, al tumulto de la vida pública. Es sacerdote hasta la médula; no es un hombre de Estado; sabe de libros, conoce mucho menos a los hombres. Realiza, por su celo y su ciencia, mucho bien en Londres; veréis sin embargo, cómo Dios enviará a un sucesor muy distinto, cuando haya decidido en su misericordia dar en Inglaterra un mayor impulso a la influencia católica. Wiseman apenas es inglés, se necesita un inglés de pura cepa, salido de Oxford o de Cambridge".

A su antiguo alumno, rector de una parroquia de Londres, escribía: "El cardenal Manning es más teólogo que el cardenal Wiseman, en el auténtico sentido del término; su erudición no es tan amplia. Es hombre de Estado; en él salta a la vista el diplomático. Por cierto sé por un discípulo suyo en Oxford, que estaba destinado a seguir a Gladstone en la carrera diplomática. Ha logrado dar a la Iglesia Católica en Inglaterra una posición eminente. Desde que está al timón, el viejo grito de *No popery* (abajo el Papismo), cuando se lo escucha, lo que es raro, sólo provoca risas hacia quien lo pronuncia. Usted sabe todo eso, usted que tiene la dicha de servir bajo un jefe semejante. Me gustaría ir a veros para poder estudiar de cerca a esta gran nación".

He aquí el resumen de una conversación sobre el cardenal Newman antes de su elevación a la púrpura sagrada:

"Wiseman y Manning serán siempre considerados como dos hombres de un inmenso talento; Newman es un hombre genial. Como escritor, vosotros los ingleses, podéis apreciarlo mucho mejor que nosotros en cuanto al estilo, que dicen es maravilloso por su pureza, riqueza y majestad.



En cuanto pensador, ejerce en Inglaterra y en el mundo una asombrosa influencia.

Gladstone ha dicho: "La mayor victoria de la Iglesia de Roma desde la Reforma ha sido la conversión de Newman". Y lord Beaconsfield: "El mayor golpe que la Iglesia Anglicana haya recibido jamás ha sido la pérdida del doctor John Henry Newman".

Newman no se parece ni al cardenal Wiseman ni al cardenal Manning. Su pensamiento se eleva a alturas sublimes, diría casi inaccesibles. Se sirve de las ciencias como de escalones para subir a las regiones en las que su genio está *at home*, como dicen los ingleses, es decir, en su salsa. Al subir, abre ante su mirada vastos horizontes, pero también sabe descender, suavemente y sin esfuerzo, al examen exacto de los detalles. Encontramos en él una riqueza y una variedad de dones de los que bastaría uno para dar celebridad. Se comprende fácilmente que ese gran doctor ejerza a su alrededor un auténtico magnetismo. En una sede episcopal quedaría desplazado; la administración le mataría, a menos que fuera un obispo *in partibus*. Manning está hecho para conducir hombres mediante la fuerza de su voluntad y su incomparable habilidad de administrador; Newman los ilumina y los fascina por el esplendor de su genio".

Quienes conocieron a los tres cardenales ingleses, sobre todo aquellos que vivieron cerca de ellos, pueden dar testimonio de la exactitud del juicio del Padre d'Alzon. La posteridad hace ya la misma valoración de su memoria.

A propósito del cardenal Newman, permítaseme añadir lo que sigue:

La independencia y sobre todo la sutileza del genio de Newman han llevado a ciertos espíritus a concebir inquietudes sobre la pureza y la solidez de su fe. Está fuera de duda que el célebre doctor era profundamente católico; también es cierto que no siempre se expresaba, en algunos temas dogmáticos, con la precisión de un profesor de teología. Quienes vienen de la herejía o del cisma a la Iglesia no asimilan de golpe las costumbres católicas, menos aún la terminología teológica. Newman tenía expresiones inquietantes; y, en lo que no era expresamente artículo de fe, pero lo tocaba de cerca, se permitía ciertas audacias de pensamiento y de lenguaje.

En 1870, durante el Concilio, escribía a Monseñor Ullathorne, obispo de Birmingham, a la sazón en Roma, una carta que la prensa protestante se dio prisa en publicar. ¡Cosa extraña! Cuando el doctor vio los primeros fragmentos de esta carta en los periódicos, no los reconocía como suyos y hasta negó que fuera él el autor. Al recobrar el borrador entre los papeles de su escritorio, se le abrieron los ojos; y sin más tardar, escribió al *Standard* para declarar que efectivamente había escrito esa carta, pero que era confidencial. Se supo más tarde que un traidor la había copiado de la mesa del obispo en ausencia de éste. Pero a fin de cuentas se había publicado y había producido un efecto que podía ser peligroso.

El Padre me escribió desde Roma pidiéndome "responder inmediatamente a tal carta". Añadía: "la respuesta debe venir de Inglaterra, estar escrita en francés, por mano francesa". Señalaba que había que responder a lo que el doctor había escrito, entre otras, a estas tres proposiciones:

1° Que la definición de la infalibilidad sería un lujo de devoción completamente inútil.

2° Que la Iglesia nunca ha promulgado una definición *de fide* a menos de verse obligada a ello por el cumplimiento de un deber riguroso y penoso.

3° Que Roma se estaba dejando llevar por un clan y el señor Louis Veuillot se preparaba para hacernos sufrir en el alma".

La carta solicitada fue escrita inmediatamente. El *Univers* la publicó el 12 de abril de 1870. Su aparición levantó una tempestad en Inglaterra y en Roma. Los dos Oratorios de Birmingham y Londres tomaron cartas en la querrela, en Roma los obispos opuestos a la definición de la infalibilidad encontraban que era una impertinencia que un simple sacerdote se hubiera atrevido a escribir contra un hombre tan eminente como el doctor Newman. El Padre d'Alzon se mostró contento de su alumno y Monseñor de Mérode cuenta que *Pío IX estaba muy satisfecho*.

### **Nobles palabras y hermoso gesto**

En 1859 me encontraba en Montpellier como capellán del convento de la Providencia. El Padre me escribió desde el castillo de Lavagnac: "Mañana, querido amigo, iré a pedirte el almuerzo y te llevaré al abate Combalot, que ha pasado algunos días aquí conmigo".

El día y a la hora indicados, el Padre llegó de acuerdo con su puntualidad habitual. Traía de la mano al abate Combalot, pero parecía más bien que era éste quien le empujaba: su impaciencia era proverbial.

Todo estaba preparado; nos pusimos a la mesa sin dilación. El abate Combalot, silencioso en un principio, dijo de repente:

- Me estoy haciendo viejo, voy a ahorrar algo de dinero para el resto de mis días. Será cosa prudente; Monseñor de M... me lo ha aconsejado firmemente. ¡Tiene razón, hasta ahora siempre he gastado y dado a diestra y siniestra!

Esta declaración inesperada, hecha con impetuosidad, causó en el Padre d'Alzon el efecto de una bomba. Sus ojos fulguraron, y todavía le estoy viendo volverse hacia el abate Combalot, diciendo:

- *Quantum mutatus ab illo!* (*¡cuánto ha cambiado!*), Padre Combalot, si había en usted algo admirable, era ante todo su desinterés; y ahora, siguiendo un mal consejo, ¡el oro puro se vuelve vil plomo! ¡El Maestro a quien ha servido tan bien no merecía una tal falta de confianza en él!

El abate Combalot saltó de la silla lanzando lejos su servilleta:

- ¡Mira esa serpiente!, exclamó. ¿Ese pérfido consejo me llevaba a la perdición? Mi querido amigo, Padre d'Alzon, se lo agradezco.

Este rasgo describe a estos dos hombres eminentes; quedan ahí como retratados en toda la hermosura de su carácter moral.

### **Lección y justificación**

El Padre d'Alzon tenía ademanes de gran señor, realizados por la nobleza de su corazón y de su caridad cristiana. Recibía muchas visitas en la Asunción y los invitaba a menudo a comer. Los trataba bien; su hospitalidad era agradable y esmerada aunque sin lujo. Pues bien, sucedió que un alumno de la primera sección, excelente muchacho, por otra parte, se permitió expresar cierto disgusto de ver lo que él llamaba "esta interminable sucesión de festines". El Padre lo supo. En el orden del día siguiente no se privó de hablar de ello, y lo hizo con buen humor y gracia.

- El señor de L..., dijo, ha considerado a mis invitados a través de las rendijas de las contraventanas; se ha fijado sobre todo en los platos servidos en la mesa, ya que ha enumerado algunos a sus amigos. Ha lamentado no estar entre los invitados, si hemos de juzgar por sus comentarios. Parece evidente que no se habría quejado si hubiera sido invitado. Tengo que justificarme ante él, al parecer; lo haré mediante una única reflexión: Soy Vicario general; al Vicario general le define el derecho canónico: *Persona episcopi*. Ahora bien, san Pablo dice del obispo, entre otras cosas: *Oportet episcopum esse... hospitalem* (*el obispo deber ser... hospitalario: Tito 1, 8*); es, pues, lógico que el Vicario general también sea hospitalario. Cuando el señor de L... haya abandonado el colegio y venga como visita, se alegrará de que el Padre d'Alzon conozca un poco a san Pablo, sobre todo en lo tocante a la hospitalidad.

Los alumnos de la primera sección se encargaron, tras el orden del día, de hacer comprender al buen de L... la inconveniencia de su apreciación y, terminado el incidente, no volvió a repetirse.

### **Las dos petacas**

Monseñor Cart, obispo de Nimes, era un gran aficionado al rapé. Un día que el Padre se quejaba de una cierta fatiga del cerebro, le aconsejó que tomara un poco de tabaco. Efectivamente, el remedio produjo un efecto eficaz y rápido. El prelado, encantado, quiso que el Padre tuviera siempre un poco de tabaco a su alcance; le regaló, pues, una pequeña petaca de plata sobredorada, diciéndole con amable sonrisa:

- Está llena; cada vez que se vacíe, venga aquí a llenarla.

En aquella época, la habitación del Padre se encontraba encima del locutorio, la que actualmente ocupa, creo, el Padre Matthieu.

Yo mismo he visto muy a menudo la hermosa petaca sobre la repisa de la chimenea. Un día desapareció. Le pregunté al Padre qué se había hecho.

- No se lo digas a nadie, me dijo, temo que Monseñor me pregunte y no sé qué decirle. Ha llegado aquí el santo párroco de N...; llevaba su tabaco en una caja, que para abrirla había que tirar de un cordón de cuero. ¡Imagínate! Le he dado la petaca de plata y me he quedado con la caja del cordón de cuero.

Aquella caja, auténtica petaca de zapatero, podría valer no más de 0,15 francos. Nunca supe cómo se arregló la cosa con Monseñor, si es que se arregló alguna vez.

### **La mano escaldada**

Estaba el Padre en 1849 predicando en la catedral de Nîmes una tanda de sermones. Un día, poco antes del sermón de la tarde, se le derramó en la mano izquierda una cacerola de agua hirviendo. La quemadura le produjo un dolor intenso, la piel se levantó y se le produjo una gran herida que tardó largo tiempo en curarse.

Pero inmediatamente después del accidente había de salir, para subir al púlpito. Se pensó en mandar a alguien a la catedral para contar lo sucedido y hacer ver la imposibilidad para el predicador de predicar aquel día. El Padre d'Alzon no quiso de ninguna manera defraudar a su auditorio. Tras vendarse la mano herida salió; el dolor se hacía más y más insoportable. Hizo que le colocaran en el púlpito una mesita y en ella un recipiente lleno de agua fría, en el que mantuvo su mano izquierda sumergida durante todo el sermón. Sus gestos fueron algo más torpes, pero su elocuencia no perdió nada de su energía ni de su entusiasmo. Sin embargo, los oyentes más próximos al púlpito debieron creer o bien que una mano invisible les asperjaba de vez en cuando o que entraban por alguna fisura de la bóveda algunas gotas de lluvia.

### **El arte de tratar con Dios**

El Padre d'Alzon dominaba a fondo el arte de tratar con Dios, sobre todo en su devoción hacia el Santísimo Sacramento. En sus largas conversaciones con Nuestro Señor, unía una fe viva con una familiaridad de niño; yo diría que hasta una desenvoltura respetuosa de amigo habituado a la más deliciosa condescendencia.

Un día, debía ser en 1859, de regreso de Lavagnac, el Padre se detuvo en mi casa, en Montpellier. Parecía cansado, triste, preocupado.

- Hijo mío, me dijo, me he detenido aquí porque tengo un asunto grave que tratar con Nuestro Señor. Voy a entrar en tu capilla, detrás del altar. No necesito nada; déjame absolutamente solo.

Entró en la capilla y se prosternó ante el altar, rostro en tierra. Yo me retiré. Al cabo de hora y media, vino a buscarme. Estaba transformado. Su cara tenía una expresión de alegría, una gran sonrisa alentaba en sus ojos húmedos aún por las lágrimas de ternura que debía haber derramado.

- ¡Ah!, amigo mío, me dijo, ¡a qué Amo tan bueno servimos! Con razón le llaman ¡Bonitas infinita! Si comprendiéramos bien lo que tenemos en el Sagrario, ¡pasaríamos la vida a los pies de Nuestro Señor! ¡Qué dicha poder conversar con él, de corazón a corazón!

Jamás olvidaré la emoción con que me dijo aquellas impactantes palabras.

### **Su modo de celebrar la misa**

El Padre celebraba la misa con suma piedad y dignidad; sin embargo era rápido, nunca superaba los veinte minutos. Había tomado esa costumbre a causa de la gente que asistía a su misa, sobre todo por causa de los que tenían ocupaciones, como madres de familia y sirvientas. Se preparaba largamente; su acción de gracias se prolongaba cuanto le permitían sus deberes del ministerio activo. Los alumnos del colegio de la Asunción se sentían frustrados cuando celebraba la misa o predicaba cualquier otro que no fuera el Padre. En nuestra opinión, nadie podía remplazarle, y era muy cierto.

### **Predicación original**

El Padre resultaba siempre original, en distintos grados, en su predicación. Nunca veía las cosas como todo el mundo; y sin embargo las veía bien. Tenía siempre una percepción nueva, salidas inesperadas, caídas encantadoras; era ante todo práctico. Desde que salimos del colegio, hace ya tanto tiempo, me he encontrado con muchos antiguos alumnos; me ha llamado la atención con qué fidelidad hemos guardado en la memoria los principales rasgos de las enseñanzas del Padre. Hay que repasar, por ejemplo, el discurso de Monseñor de Cabrières para el cincuentenario, en la *Historia de la Asunción* del canónigo Camille Ferry <sup>1</sup>, para darse cuenta de la exactitud de lo que afirmo. Monseñor de Cabrières no ha hecho sino evocar lo que hubiera podido detallar. Lo lamento vivamente.

Un sábado por la tarde, tras el canto de las letanías, en la antigua capillita cuyo altar acababa de ser cambiado para adosarlo a la pared que da a la calle de Servia, el Padre comenzó su instrucción *ex abrupto* de la manera siguiente:

"Señores, ¿habéis visto alguna vez a Don Matton, antiguo párroco, ya fallecido, de San Baudilio? Don Matton era muy feo; una nariz, digo mal, una cara coloradota sobre una pequeña figura redonda, con forma y

---

<sup>1</sup> *Histoire de la maison de l'Assomption par un ancien, 1843-1893*, Nîmes, 1893. (Nota del traductor).

color de tomate, con dos ojillos negros como perforados a taladro y el todo coronado de cabellos blancos mal peinados, medio cubiertos por un viejo bonete de cuero. Este retrato es exacto. ¿Qué os parece? ¡Pues bien!, os digo francamente que varias veces he visto a este sacerdote en oración, y sobre todo durante la acción de gracias; me he arrodillado lo más cerca posible y oblicuamente, para poder contemplar la hermosura de aquella fisonomía y la santidad de su expresión. He sido testigo de una auténtica transfiguración. Recordaba entonces ciertas caras humanas irreprochables desde el punto de vista del arte, de la finura de rasgos, de la exactitud de las proporciones; y tales caras no me decían nada, no las había encontrado bellas. ¿Por qué? ¿De dónde procede la belleza? ¿En qué consiste? Tengamos ideas claras una vez por todas. La Escritura tiene una palabra que nos da la respuesta a estas preguntas: *Is qui intus est renovatur de die in diem (el hombre interior se va renovando de día en día)* (2 Corintios 4, 16). La auténtica belleza es el reflejo del alma. Cuanto más se perfecciona el alma, tanto más bella es la expresión externa. En la resurrección nuestros cuerpos serán transformados en proporción directa a la transfiguración de nuestras almas..."

Arrancando de ahí, el Padre se lanzó a consideraciones admirables. Fue una de las pláticas más originales y más interesantes que me haya sido dado escuchar.

### **Respeto por las cosas santas**

Un día el Padre Henri Brun estaba lavando purificadores y corporales a la puerta de la antigua sacristía, a la sazón contigua al despacho del Padre d'Alzon. Me acerqué y se entabló una conversación un tanto ruidosa. El Padre salió de repente de su despacho, y dirigiéndose a mí con aire severo me dijo:

- Muchacho, te creía con un poco más de sentido común y de tacto. Mientras un sacerdote lava los lienzos que han tocado el Cuerpo de Jesucristo, tarea que no es indigna de los ángeles, vienes y te plantas a réirte y a decir sandeces.

La puerta del despacho se cerró; silencio sepulcral y retirada instantánea por mi parte.

Ya hace más de cuarenta años de esto. Si me examino bien, creo que todavía se la guardo al Padre Henri Brun, por no haber salido en defensa mía diciendo que fue él quien comenzó. Si lee esto en *Souvenirs* espero que me presente las disculpas que me debe, porque en *asuntos como éste* no existe prescripción.

### **La ambición del Padre**

En el gran patio de la Asunción, el Padre decía a un joven sacerdote a quien quería mucho:

- Eres fuerte, tienes espíritu aventurero, no te falta valentía ni audacia; deberías ir a Oriente como misionero.

Un religioso dijo entonces:

- Allí le harían obispo.

- No deseo, dijo inmediatamente el Padre, que mis hijos lleguen a obispos, deseo verles llegar a santos. Dadme santos, sobre todo hombres desprendidos y extenderé el Reino de Jesucristo. No tengo otra ambición; ésta sí, lo confieso, y en grado sumo, a *Dios gracias*.

### **Inglaterra y Rusia**

A un amigo en Inglaterra le escribía: "Tiemblo, lo confieso, cuando veo los progresos de la increencia, ¡no querrá Nuestro Señor llevar a Inglaterra la antorcha de Francia!".

Más tarde, el 17 de agosto de 1878, escribía a este amigo, antiguo alumno suyo:

"Estudio mucho a Rusia. Algo irresistible me impele a seguir de cerca los movimientos de este coloso que Dios parece empujar para llevarle allí donde no quiere ir. Cuando la Providencia quiso renovar la sangre viciada de Europa, puso en marcha a los innumerables batallones de bárbaros de los que la Iglesia se adueñó para bautizarlos y hacerlos suyos. Algo me dice que Rusia tiene una misión respecto de la Iglesia Católica y de la Santa Sede. Las razas latinas son infieles; sus gobiernos se han vuelto perseguidores. ¿Veremos venir la salvación de las estepas y de las llanuras heladas del gran Imperio? ¿Cuándo y cómo? Lo ignoro. El ojo cristiano y observador no puede apartarse de aquello que se anuncia como un fenómeno que no ha tomado aún una forma determinada y bien definida, pero que cobra cada día dimensiones asombrosas. Hay ahí una poderosa fermentación, para un gran mal o para un inmenso bien. Me inclino a esperar el bien".

Cuando el Padre d'Alzon escribía esta carta, acababa de procurarse una colección de obras serias sobre Rusia. Estas obras han sido preciosamente conservadas en la biblioteca de la Asunción, en Nimes. Viéndolas, se constata fácilmente que han sido leídas y releídas.

### **Una humillación con elegancia**

Una señorita de la aristocracia del Mediodía de Francia, muerta como religiosa hace ya algunos años, se había colocado bajo la dirección del Padre d'Alzon. Avanzaba hacia la perfección con celo, incluso con impetuosidad.

Un día, dijo a su director:

- Le ruego me imponga alguna humillación seria.

El Padre la escuchó sin darle respuesta.

Algunos días más tarde, vino a la Asunción para entregar al sacristán una tela de encaje de gran valor, un encaje de seda de varios metros de largo que se había encargado de arreglar. Se encontró en el patio con el Padre d'Alzon, que le preguntó qué deseaba.

- Enséñeme el encaje, le dijo.

Tras contemplar el encaje durante algunos instantes, el Padre movió la cabeza con aire dubitativo, luego dijo a la señorita, perpleja a causa de su silencio y de sus modales:

- Sígame.

Entró en la biblioteca de los profesores y desplegando la tela se puso a medirla con toda exactitud en el borde de la mesa, como hacen los tenderos sobre la medida marcada en el mostrador. Cuando hubo terminado de medirla, se detuvo pensativo, sacudió la cabeza y recommenzó la operación. Tras la segunda medición, la señorita, un tanto molesta, le dijo:

- Pero vamos a ver, ¿qué está usted insinuando? ¿No estará pensando que me he quedado con un trozo del encaje, no?

Silencio, nuevos movimientos de duda con la cabeza; por tercera vez se pone a medir. Entonces la señorita, irritada, fuera de sus casillas, exclama:

- No soy ninguna ladrona. ¡Esto ya es demasiado!

Se lanza hacia la puerta, la abre y la cierra con violencia y desaparece, furiosa. Al día siguiente vino a echarse a los pies del Padre d'Alzon:

- ¡Ah! Padre, perdóneme. Ayer no comprendí la lección que usted me daba. Le había pedido una humillación, y no me esperaba ésa.

El Padre le sonrío diciendo:

- Has de saber, hija mía, que las mejores humillaciones son las que no esperamos y que no hemos escogido. ¿No ha quedado usted servida como deseaba?

### **Instinto de lo bello**

Es sabido que Monseñor Besson, obispo de Nimes, dirigió a su clero, con ocasión de la muerte del Padre d'Alzon, una Carta Pastoral, admirada, con toda razón, como una obra maestra. El retrato del ilustre sacerdote queda trazado en ella con mano de artista. Se diría un cuadro de Hans Holbein, por la veracidad de la expresión, la vivacidad del colorido, el acabado de los detalles, el vigor de las líneas y ese noble talante que idealiza una cabeza llena de nobleza, conservando el parecido en su reproducción más fiel.

Hay, sin embargo, una frase que no me parece exacta. "El señor d'Alzon, dice el elocuente panegirista, que había recibido tanto de la naturaleza, no dejó de acrecentar mediante el estudio el tesoro de sus conocimientos. *Nada le fue extraño, excepto quizá, la arquitectura y la música...*".

Monseñor Besson ha colocado ahí un *quizá* que me permite señalar una inexactitud sin pretender refutar a un biógrafo tan concienzudo como eminentemente hábil.

El Padre d'Alzon tenía una voz falsa y un oído poco musical; es cierto. Tenía, sin embargo, el instinto de la música, en especial de la música religiosa. En el colegio de la Asunción daba mucha importancia a la belleza del canto de la misa y de los distintos Oficios. Cuando fundó una Congregación de monjes, estableció el Oficio en coro; procuró por todos los medios que la ejecución del canto fuera lo más perfecta posible y la sagrada liturgia tan espléndida como lo desea la Iglesia.

Monseñor de Cabrières ha resaltado una nota que debemos citar aquí:

"¿Quién ignora, poco músico él mismo..., cuánta pompa daba a las ceremonias del culto, a la celebración de las fiestas cristianas, mediante el encanto de los cantos litúrgicos, y mediante la hermosura de los ornamentos? Le gustaba familiarizarnos con las oraciones del Breviario o del Misal y jamás benedictino de tiempos pasados ha degustado más íntimamente la suavidad de las fórmulas consagradas por el uso tradicional de la Iglesia romana".

Una de las glorias, hoy día, de los Agustinos de la Asunción consiste en mantener en todas partes los oficios religiosos conformes con las reglas precisas de la liturgia y haber adoptado un método de canto gregoriano que le conserva su auténtica majestuosidad y toda su pureza de expresión.

Respecto de la arquitectura, afirmo sin reservas que el Padre d'Alzon tenía buen gusto y era un admirador de las artes: de la arquitectura, de la escultura, de la pintura. Hablaba de ellas como un experto conocedor, como un observador distinguido.

En Nimes, siendo yo niño, un día me hacía comparar las graciosas y nobles columnas de la Maison Carrée con las del teatro moderno, que está justo enfrente: éstas, notables por su fealdad, su forma tosca y, de acuerdo con la expresión del Padre, "su falta absoluta de elegancia".

En cuanto a las iglesias, le gustaba el estilo ojival; tenía una marcada preferencia por su luminosidad. Más tarde, tras estudiar las obras del famoso Pugin, el restaurador del gótico en Inglaterra, apreciaba sobre todo el gótico inglés, con sus ventanales en forma de lanceta, con su caracterizada sencillez unida a una noble majestad, cuyo prototipo es Nuestra Señora de Salisbury. Un día, en la sacristía de la catedral de Nimes, un viejo canónigo se creyó en la obligación de decir a propósito de la iglesia románica de San Pablo, con sus soberbios frescos de Flandrin:

- ¡Se parece a una tienda de peluquero!

El Padre tomó inmediatamente la defensa del arte. Impartió al señor canónigo una lección de arte en que la enseñanza se mezclaba con la más fina ironía dirigida al despreciador de una obra de la que los Nimeños se sienten orgullosos con toda la razón. Los presentes han declarado que el Padre d'Alzon les sorprendió por la amplitud de sus conocimientos, por la manera tan brillante como habló de las bellezas del arte románico y del mérito de los murales.

Cuando estaba en Roma, visitaba a menudo las diferentes basílicas y el Vaticano. Hablaba a menudo de la "impresión de triunfo" que se experimenta en San Pedro, de la elegante grandeza de la fachada de San Juan de Letrán, de la belleza de líneas del famoso claustro de Miguel Angel en la Cartuja de las Termas.

Admiraba profundamente la célebre estatua del gladiador moribundo. Le gustaba detenerse largamente ante ella. Decía:

- Cuanto más la estudio más me convenzo de que no se trata de un gladiador sino de un cristiano; a menos que el artista hubiera visto morir a cristianos antes de cincelar el mármol. Esta estatua es quizá la obra maestra de la transición del arte, pasando del ideal humano de la forma al ideal sobrenatural de la expresión y de la actitud cristianas. ¡Mirad, en efecto, esa calma, esa resignación! Este hombre ve cómo brota su sangre; no levanta la mano para pedir al César que le dé la vida. Se inclina suavemente como si fuera a dormirse. ¡Esa no es la muerte de un gladiador! ¡En su frente brilla un rayo de esperanza celestial!

En el Vaticano nunca dejaba de visitar, si tenía tiempo, la capillita de san Nicolás, la parroquia del Palacio pontificio, que está cerca de las *Stanze* de Rafael, y cuyas paredes están cubiertas por los dulces frescos de Fra Angélico.

Tendría mucho más que contar. ¡Qué no hizo por restaurar el buen gusto en nuestras iglesias! ¡Qué no hizo por sustituir las rígidas casullas francesas por ornamentos eclesiásticos más flexibles y graciosos! No ha temido exponerse a los sarcasmos de las personas cuya única norma es la rutina.

Tenía en grado eminente el sentido de la belleza. Su alma poética se dejaba entusiasmar por la hermosura de la naturaleza. En el castillo de Lavagnac, le encantaba pasear en cierta avenida solitaria, bajo enormes árboles de los que admiraba la forma esbelta y las amplias ramas que le cubrían con su sombra apacible y refrescante. Nunca olvidaba de llevar a sus amigos a aquel delicioso retiro.

Quienes han hecho con él la peregrinación a Nuestra Señora de Rochefort recuerdan su alegría, tan ingenua y tan natural, cuando, tras la caminata nocturna, divisaba los primeros rayos solares despuntando en el horizonte.

Poco a poco la extensa bruma del Ródano y del Durance comenzaba a disiparse bajo la acción del calor mientras la alondra, suspendida muy alta en el aire puro, susurraba su oración matutina.

Entonces el Padre olvidaba el cansancio, canturreaba una canción, se sentía feliz.

- ¡Ah, decía, mirad qué bueno es Dios! ¡Mirad cómo nos manda de nuevo el sol para espantar las brumas de la tierra. Hagamos como la alondra, abramos las alas, subamos por encima de la tierra para acercarnos al sol de Dios. Ni siquiera necesitamos articular una oración, ni más ni menos que el pajarillo; contentémonos con ver, sentir, susurrar, disfrutar dando gracias a Dios por las bellas cosas que nos da!

Sí, el Padre d'Alzon tenía el instinto de la belleza tanto en el arte como en la naturaleza. Era más que puro instinto; razonaba sus impresiones, estudiaba. *Ni la arquitectura, ni siquiera la música le resultaban extrañas.*

### **Suspiros y "peccairés"<sup>1</sup>**

La piedad del Padre d'Alzon era profunda; amaba apasionadamente a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen. Exteriormente, esta piedad tan franca se manifestaba con una cierta rusticidad.

Detestaba los cuellos torcidos, le causaban horror las devocioncitas de fantasía; en una palabra, para emplear una expresión popular en el Mediodía de Francia: "no confundía a los ángeles con las mariposas" ni los eruptos con jaculatorias.

Me encontraba con él un día en una ciudad que no es Nimes, y que no necesito nombrar. La casualidad hizo que se encontrara con el abate N..., excelente y digno sacerdote, capellán de religiosas, que daba la impresión de salir constantemente de un baño de misticismo; dejaba escapar continuamente suspiros que no eran ni naturales ni sobrenaturales, difíciles de catalogar, y que terminaba casi todas sus frases con una mirada al cielo y un lánguido ¡*peccairé!*

El Padre estaba en ascuas; sin embargo se contuvo hasta el final, como si la conversación le interesara en grado sumo. Al final se le presentó la ocasión; tras haber dicho adiós, se volvió bruscamente hacia el abate N...:

- A propósito, mi querido abate, ¿cuándo toma el velo? ¡Me apunto para predicar el sermón, no lo olvide!

Al marchar, el Padre me decía con su mejor humor:

- ¡Hijo mío, volvámonos santos y pidamos a Dios que no nos deje nunca entrar en la congregación de los santos suspiros y de las insípidas *peccairés!*

### **Pareados**

He escuchado atribuir al joven abate d'Alzon un epigrama, que quiero traer aquí, tras una palabra de ambientación.

Había una reunión, ignoro con qué fin, en Montagnac, en casa del abate Creisseil, a la sazón párroco de dicha parroquia, más tarde decano de Cette, donde tuve el honor de ser su coadjutor. En la reunión estaba el abate Baraston, de Pézenas, alma sencilla y franca, pero encajado en un cuerpo largo, seco, que se plegaba con dificultad. Los monaguillos de Pézenas decían que el digno abate se había tragado un bastón y ya no podía sacárselo. Tras el almuerzo, les dio por buscar pareados, entre los cuales alguien propuso: *Baraston y bastón*. Se pronunciaba *Baratón* aunque se escribía *Baraston*. El abate d'Alzon empalmó enseguida, entre grandes aplausos, a los que se unió con el mejor humor la víctima del disparo:

Su madre, con gran esfuerzo,  
dio a luz a Baraston;  
creyó que nacía un hombre,  
pero sólo salió un bastón.

### **Hermano y hermana**

El Padre d'Alzon tenía dos hermanas que murieron antes que él; la señora de Puységur y la señorita Agustina d'Alzon. Ésta, la menor, era su hermana favorita, la amiga tierna y abnegada, la confidente fiel. Comprendía a su

---

<sup>1</sup> *Pécaire!* o *pecaire!*: exclamación que viene del provenzal y expresa una conmiseración afectuosa o irónica; podría traducirse por ¡*pecador!* (Nota del traductor).

hermano, cuyas virtudes admiraba; servía de mediadora entre padre, madre e hijo, cuando éste debía recurrir a ellos para sus obras y sus numerosas caridades, lo que sucedía a menudo.

He leído cartas de la señorita Agustina al abate Vernière, el amigo de la familia d'Alzon. En ellas habla muy a menudo de su hermano, ya estuviera en Roma, en París o en Nimes. Le seguía por todas partes, con los ojos y con el corazón; se percibe que su hermano era la preocupación de su alma después de Dios. En una carta que tengo ante mis ojos, pero que no está fechada, escribe del castillo de Lavagnac al abate Vernière, párroco de Montferrier:

"Dese prisa en venir a Lavagnac pues mi hermano va a llegar de Roma. ¡Qué alegría tenemos! Usted sabe mejor que nadie cómo mi corazón se llena de consuelo. Venga a tomar parte en esta fiesta de familia; usted tiene todos los derechos del mundo por el bien que le ha hecho a nuestro querido curita, que se pondrá triste si no le encuentra aquí cuando llegue.

Mamá me insiste en que le diga que no se olvide de informarnos del día en que va a llegar. Quisiera enviarle el carruaje, pero por desgracia se le ha roto algo y ha habido que enviarlo a Montpellier para su reparación. Le enviaremos a Gignac un caballo.

¿Sabe que después del día en que usted predicó ante mamá sobre los deberes de las hijas, nos trata como si ya no fuéramos sus hijas, con la disculpa de no mimarnos? Dese prisa en venir a predicar otro sermón sobre los deberes de las madres para con sus hijas, sin olvidar decir que al menos han de tratarlas con caridad.

¡Bueno!, mi hermano va a llegar. Todo se arreglará. Se me hace largo. Cuento los días, las horas, los minutos. Viajo con él de Roma a casa; ¡mi pensamiento no le abandona...!".

El afecto de la señorita Agustina era correspondido. La confidente del joven sacerdote se volvió la consejera del sacerdote. ¡Ojalá que la correspondencia entre hermano y hermana se hubiera conservado! Encontraríamos en ella tesoros de afecto, de piedad y de celo.

La muerte de la señorita Agustina fue un golpe terrible para el corazón del Padre d'Alzon. Fue la muerte de una santa; no quita que para él fue un dolor profundo que nada podía calmar, si no es el pensamiento de una sumisión absoluta a la voluntad de Dios.

En aquella época le vi a menudo en su habitación, con la frente entre las manos, derramar abundantes lágrimas al solo recuerdo de su hermana. Repetía a menudo aquella palabra que acudió a sus labios en el momento de su propia muerte:

- ¡Sometámonos a la voluntad de Dios! ¡El es el Dueño!
- Mira, me dijo una vez, tengo aquí algo que me consuela.

Sacó entonces del cajón de su mesa un pequeño grabado que representaba una hermosa cabeza de Cristo muriendo en la cruz.

- ¿Ves esta expresión, con sus ojos cerrados y sus labios entreabiertos? Es exactamente la actitud de mi hermana Agustina tras su muerte.

Añadiré aquí que el Padre era fiel a la memoria de los difuntos, a los que no olvidaba en sus oraciones. La última palabra escrita que me haya dirigido, enviada desde la Cartuja de Valbonne, en 1880, casi en vísperas de su muerte, reza así: "¡Por desgracia todo decae, sobre todo la caridad, incluso para con los muertos!".

### **Candidatura al Consejo general**

En 1859, los electores de Montpellier pidieron al Padre d'Alzon que presentara su candidatura al Consejo general. Aceptó.

Se formó un Comité, a la cabeza del cual estaba como presidente el señor de Ginestous. Las reuniones políticas tenían lugar en sus salones, y es allí donde el Padre pronunció varios discursos notables. Tuve la buena suerte de escuchar el primero, cuyos principales pasajes reproduzco aquí a partir de notas tomadas inmediatamente después de la sesión.

Hay que señalar ante todo que la candidatura fue rigurosamente combatida por el Gobierno imperial representado por el señor Gavini, prefecto del Hérault; por la administración diocesana y por varios miembros del clero; finalmente, por el partido antilegitimista. El Padre sabía que no tenía ninguna probabilidad de éxito; sin embargo, no dudó en dar un paso al frente para aprovechar una ocasión de proclamar los auténticos



principios sociales y políticos que reposan sobre el espíritu cristiano. He aquí la postura que adoptó desde el principio:

Era por la tarde, después de las horas de trabajo, en el amplio salón del señor de Ginestous. La asamblea era numerosa, compuesta por miembros de la aristocracia, de la burguesía y de un número considerable de obreros. El Padre, de pie a la esquina de una mesa, dominando con su hermosa estatura esta simpática reunión, habló así:

"Señores,

Ante todo, he de darles las gracias por el honor que me hacen al aceptarme como candidato suyo. Digamos francamente, de entrada, que las probabilidades de éxito son dudosas. Ustedes y yo procedemos abiertamente; no tenemos ni el arte de la intriga ni el manejo de ciertas influencias, y añadido con orgullo: ni la voluntad de utilizar aquellos medios que dan la victoria al precio del honor.

Todo cuanto nuestros adversarios han dicho o escrito se resume en estas tres preguntas:

1º ¿Por qué el señor d'Alzon ha presentado su candidatura para el Consejo general?

2º ¿Qué servicio puede hacer un sacerdote en el Consejo general?

3º El abate d'Alzon es legitimista; ¿pretende oponerse al Gobierno imperial?

He aquí mi respuesta:

Me he presentado porque mis conciudadanos, usando su libertad y los derechos que les reconoce la ley del país, me han pedido que acepte la misión de defender y proteger sus privilegios en el Consejo general.

He aceptado la candidatura porque tengo un gran interés, un interés tan considerable al menos como el de los más grandes propietarios. Hablemos con claridad; es bien sabido -mis adversarios no lo ignoran y mis amigos tampoco- es bien sabido, digo, que soy uno de los sacerdotes más ricos del Mediodía, y que la fortuna de mi padre, cuyo hijo único soy, no consiste solamente en capitales que producen intereses, sino también en inmuebles, viñedos, campos y bosques cuyo conjunto, solamente en el Hérault, sin mencionar los demás departamentos, forman una propiedad considerable.

Tengo, pues, un auténtico interés en el Consejo general, que ha de ocuparse sobre todo de la agricultura y de los bienes raíces.

Otra razón por la que me presento pertenece a otro orden de cosas. ¿Somos o no somos un pueblo libre?

¿Somos iguales ante la ley? Si es así, les recuerdo a mis contradictores que una rama de los La Rochefoucauld lleva en el escudo una sirena que se baña diciendo (es la divisa que lleva el blasón): *C'est mon plaisir!* (¡porque me da la gana!). Dejemos ahora a la sirena con su baño, tomemos solamente la divisa. Me presento al Consejo general ¡porque me da la gana!, eso es lo que le diría a la oposición. Me presento porque no retrocedo ante el deber cuando mis conciudadanos me honran llamándome a representarles, y eso es lo que les digo a ustedes, señores electores.

Pasemos a la segunda pregunta:

La acción del sacerdote, se quiera o no, no se encierra entre las cuatro paredes de una sacristía. El Rey de reyes, el Señor de los imperios no abrió a sus primeros sacerdotes la puerta de una sacristía. Les abrió el mundo diciéndoles: "Id, enseñad".

No había Consejos generales en tiempos del Salvador. Si los hubiera habido, ¿creéis que les hubiera prohibido la entrada a sus discípulos? Un sacerdote africano, Tertuliano, escribió un día al César: "¡Estamos en todas partes, sólo os dejamos vuestros templos!".

No veo que los intereses de la eternidad y los del tiempo presente estén tan reñidos que quien se ocupa de los unos no tenga nada que hacer con los otros. El tiempo lleva a la eternidad; mediante las cosas temporales preparamos las de la vida futura.

La Iglesia Católica nunca ha descuidado las cosas de las que han de ocuparse los Consejos generales. Desde siempre los monjes han plantado viñas, bosques, árboles frutales. ¿No se debe a Dom Pérignon, administrador de la abadía de Hautvillers, a un monje, el modo de preparar el vino de Champagne y de hacerlo espumoso? ¿Cuántos puentes, caminos, canales, estanques desecados, marismas saneadas, son obra de los monjes!

Un sacerdote no está fuera de lugar en un Consejo general.

Mi contrincante, es cierto, ha introducido el azufre sublimado para la curación de la viña. Le estamos todos agradecidos por ello; pero ¿sólo hay que cuidar de las viñas? La viña está sulfatada pero las clases obreras y pobres están sufriendo... Perdón por un juego de palabras involuntario<sup>1</sup>, pero lo mantengo, pues expresa mi pensamiento.

---

<sup>1</sup> *soufrée* = sulfatada y *en souffrance* = en sufrimiento (nota del traductor).

¿No tenemos que pensar en la educación de los niños, vigilar la moral pública, proteger el desarrollo de la industria, mantener el orden, la paz y el bienestar entre los trabajadores? ¿No debemos ser los amigos del pueblo? ¿Y quién conoce y ama al pueblo mejor que el sacerdote, que siempre está en contacto con él?

El señor d'Alzon, dicen, es un legitimista; busca oponerse al Gobierno.

El señor d'Alzon, diría yo, conoce bastante bien su catecismo para saber que hay que respetar los poderes establecidos. No ignora que un hombre con gran sentido práctico, que era nada menos que san Pablo, dijo: "Obedeced a vuestros amos, incluso a aquéllos cuyo humor no es nada agradable".

No soy yo quien se opone al Gobierno, es el Gobierno quien se opone a mi candidatura mediante sus agentes, que envía a todas partes para influir en los electores. Incluso utiliza al clero, al que intimida o arrulla mediante promesas que probablemente nunca cumplirá.

Señores electores,

Si pese a todo, resulto elegido, estad seguros de que seré fiel a mi mandato. Sabré mantenerme independiente y digno porque seré el representante de hombres independientes y dignos.

Como cristiano y como sacerdote, soy de aquella raza que no se oponía al César en las cosas que pertenecían al César. Pero igualmente, en las cosas que son de Dios, cuyas joyas más ricas son las almas que él ha rescatado, no doblaré la rodilla ni ante el César ni ante nadie.

Combatiré por la libertad, porque siento con san Columbano, el célebre monje irlandés, que "¡quien me quita la libertad me quita la dignidad!". Esta dignidad es la que quiero defender en las clases obreras y pobres. Y siento en mi corazón, señores, que estoy dispuesto a todos los sacrificios, resuelto a pelear todos los combates, para procurar a mis conciudadanos, de todos los estados de vida y de todas las posiciones sociales, la libertad cristiana que es la única que puede dar, junto con la paz y la alegría, el honor y la dignidad".

Releyendo estas notas largo tiempo enterradas, aplaudo diciendo: "¡Bravo!". Aplaudid, hermanos míos Agustinos de la Asunción y decid: "¡Bravo!".

El Padre d'Alzon no resultó elegido. Ya se esperaba una derrota, pero había que felicitarlo por haber provocado una reacción y haber escuchado los magníficos discursos de un candidato ilustre por su patriotismo y su conocimiento profundo de las cuestiones sociales y políticas.

### **Curitas de azúcar**

Antiguamente, los curitas de azúcar se vendían en todas las ferias del Mediodía de Francia; el Norte tenía sus hombrecillos de mazapán.

La feria de Gignac, no lejos del castillo de Lavagnac, era célebre por sus curas de azúcar, que superaban a todos los demás en estilo y sabor. Por otra parte, tenían algo que los distinguía: llevaban el famoso bonete cuadrado de antaño, coronado por una vistosa borla.

Hay que imaginarse, pues, un trozo de azúcar del tamaño de un dedo, tallado o fundido en forma de cura en sotana, con fajín, alzacuello y birrete cuadrado. Puntos negros representaban los botones, dos puntitos ennegrecidos marcaban los ojos, dos manchas rojas daban a las mejillas un aire saludable y fresco. Aquellas caras redondas y rubicundas eran el toque maestro del confitero y la prueba concluyente de su talento de artista.

El Padre d'Alzon se regocijaba contando que de pequeño le gustaban con locura los curitas de azúcar. Se hubiera ronchado docenas si le hubieran dejado. Con la promesa de un cura de azúcar le calmaban sus enfados, le volvían dulce y alegre.

La pasión de Manuel por este confite era tan fuerte que cuando más tarde llegó a sacerdote y a Vicario general, los auténticos curas, de los que él era el superior, no le dejaron nunca olvidarse de los dulces curitas de Gignac.

Si por casualidad pasaba por esa ciudad durante la feria, se detenía a contemplar con delicia los pequeños curas de azúcar, pero ya nunca los compraba.

Había en el colegio de la Asunción un excelente alumno, nacido no lejos de Gignac, H. R...., que un día tomó la sotana en el seminario de Montpellier. Pocos días después de haber tomado el hábito eclesiástico vino a Nimes para visitar a sus antiguos maestros.

El Padre estaba en el patio cuando el pequeño abate H.R...., se presentó. Al verlo, me acuerdo bien, el Padre d'Alzon exclamó:

- ¡Ah, he aquí uno de mis curitas de azúcar de Gignac!

Y se echó a reír con todas sus ganas.

De hecho, el querido abate H. R... era bajo de estatura; tenía una cara redonda, dos ojos pequeños y sobre todo dos mejillas rubicundas, como si un confitero de Gignac hubiera pasado por allí con su pincel y su carmín.

A partir de aquel momento, el Padre no le llamaba sino "mi querido curita de azúcar". ¡Y el abate H. R..., cuyo buen humor era proverbial, aceptaba de buen grado ser el querido cura de azúcar del Padre d'Alzon!

Este querido H. R..., que los alumnos querían tanto que le habían puesto el mote de "le bon roi" (el rey bueno), volverá a aparecer en la anécdota *Lección de etiqueta*.

### **Georges Stephenson**

El Padre d'Alzon estando en París en 1845 y 1846, tuvo una entrevista con el célebre ingeniero inglés Georges Stephenson, el inventor, en 1814, de la primera locomotora que podía recorrer 7 kilómetros por hora; luego, en 1829, de una máquina más perfeccionada, el "Rocket o Cohete volador", que recorría 38 kilómetros por hora.

El Padre d'Alzon quedó muy impresionado por las maneras y la conversación del señor Stephenson. Había anotado cuidadosamente lo que el gran ingeniero le había dicho sobre el arte de construir máquinas. Más tarde, comunicó aquellas notas a algunos de sus alumnos. Aquí va el resumen, escrito en 1848; habla el propio Georges Stephenson:

"Me pregunta usted ¿cuáles han de ser las cualidades de una máquina perfecta? Helas aquí. Dada la mayor potencia posible, una máquina es perfecta cuando tiene: precisión, sencillez, duración y silencio.

La *precisión*, para producir exactamente el efecto deseado.

La *sencillez* en su construcción, sus engranajes, las partes que la integran.

Ahora bien, note esto: la multiplicidad de las partes, su combinación, su acabado, muestran la habilidad del obrero; la sencillez denota al hombre genial. La máquina sencilla se avería poco, y si se avería se la repara fácilmente. Por lo tanto tendrá *duración*.

Cuando la máquina es potente, precisa, sencilla y funciona bien, si es *silenciosa*, entonces es perfecta. El ruido en el universo es prueba de un desorden, como la tormenta, el viento, la tempestad. Dios no está en la *conmoción*. He ahí lo que he buscado en la construcción de mis máquinas. Estoy lejos de haber triunfado plenamente; sin embargo, ¿ve usted este reloj de precisión que siempre llevo? En Newcastle, en mi gabinete de trabajo, que se halla en el centro de los talleres, lo pongo sobre la mesa y, con todas las máquinas funcionando, oigo con toda claridad el tic tac de mi reloj.

No olvide que una máquina es como una persona: quienes la sirven han de conocerla bien para servirla eficazmente. La máquina tiene sus cualidades, sus defectos, su temperamento. Quien la conozca bien le sacará rendimiento, mientras para los demás será sólo un mueble a menudo inútil.

Desde el punto de vista moral, la máquina completa al hombre como la espada completa al soldado; de ningún modo debe remplazarlo. Así como el soldado cuando maneja su espada es respetado, así el hombre que sirve a la máquina no debe ser considerado por los que le emplean como un muelle o una pieza, aunque sea esencial, de la máquina: se le debe tratar con respeto, no dejar que se torne semejante a una máquina sin corazón y sobre todo sin luz religiosa. Porque la práctica de cualquier virtud moral vale más que todos los inventos...".

Las notas son más extensas de lo que aquí se dice; contienen detalles que serán publicados algún día. Cada *Anécdota* no puede transformarse en un tratado, se entiende.

### **Dos lecturas**

El Padre leía admirablemente. Su dicción era pura, su acento distinguido. Acentuaba las palabras sin declamación; dominaba el arte de hacer resaltar los pasajes más bellos; una especie de corriente eléctrica se establecía entre él y sus oyentes. Como cuando predicaba, volcaba su alma entera sobre el alma de los que le escuchaban; su unción traspasaba, cautivaba y fascinaba. Su rostro reflejaba todas las impresiones de su espíritu.

Los antiguos guardan el recuerdo sobre todo de dos lecturas públicas. La primera, hacia 1847, con motivo de la primera visita a la Asunción del abate Cazalès, el traductor de Catalina Emmerich. El Padre leyó a los alumnos, en la antigua capillita del colegio, el capítulo sobre la Flagelación. Llorábamos todos; el Padre estaba

profundamente emocionado; nuestros corazones desbordaban amor a Nuestro Señor, maltratado por nosotros con golpes tan crueles.

Otro día, en la sala de estudio de los mayores, después de la hora de historia eclesiástica que nos daba el Padre en aquel entonces, nos leyó, de los *Anales Filosóficos*, esa obra maestra literaria del abate Gerbet, el "Diálogo entre Platón y Fenelón" en el que se hace contar al arzobispo de Cambrai la muerte de Albert de La Ferronnays. Esta lectura y los comentarios del Padre, que había conocido a casi todos los personajes de esta escena sublime, nos dejó una impresión imborrable. Quien esto escribe, escuchó en Londres el mismo pasaje leído por Pauline de La Ferronnays, a la sazón señora Craven; pero aunque la lectura resultó emocionante, no igualaba la manera única, difícil de describir, del Padre d'Alzon.

### Reunión de amigos

El Padre Monsabré había venido a Nimes a predicar el retiro anual a los alumnos del colegio de la Asunción. El futuro orador de Notre-Dame brilló en él como brillaba por todas partes. Maestros y alumnos quedaron encantados por aquella elocuencia masculina, por aquel fuego penetrante, aquellas enseñanzas elevadas, pero revestidas de formas sencillas que las hacía claras para los alumnos más jóvenes. Las conferencias de la tarde, chispeantes de gracia y de humor, eran interesantes sobre todo por la variedad de rasgos y de anécdotas que el Padre Monsabré sabía contar con un encanto y un sabor en los que era genial.

Después de los ejercicios de la noche, el Padre d'Alzon recibía en su despacho a un grupo de amigos íntimos. Por entonces se alojaba en aquella ala del colegio que llamábamos *Le Pavillon*, cuyas ventanas dan a la avenida Feuchères. La habitación era pequeña, incómoda, y tan mal dispuesta que siempre nos encontrábamos sentados en una corriente de aire entre la puerta y la ventana. Tenía una chimenea con un hogar muy estrecho, que devolvía el humo cuando hacía viento, excepto si era nordeste. Cerca de la chimenea había una alcoba para la cama de campaña, con un reducido armario empotrado en la pared, a la cabecera de la cama.

Entrando en la habitación se podía ver, a izquierda, una mesa de trabajo de madera de abeto blanco; y enfrente, a derecha, una colección de cajas de cartón verde bien ordenadas unas encima de otras, llenas de papeles, de notas, de numerosas cartas. ¡Una rica mina de preciosos documentos perdidos para siempre, quemados por el Padre poco tiempo antes de su muerte!

Entre los cartones y la ventana, en un rincón, había una biblioteca con algunos libros muy escogidos: San Agustín, Bossuet, Bourdaloue, Thomassin, algunos volúmenes del doctor Newman y media docena de raros elzeviros<sup>1</sup> con los principales clásicos. En la repisa de la chimenea, dos candeleros de madera de alerce, traídos de Chamonix, constituían toda la ornamentación.

El mobiliario era modesto y escaso y sin embargo dejaba poco espacio para las sillas; el Padre sólo podía recibir a tres visitantes sentados. Resultaba incluso bastante difícil colocar cuatro sillas para poder conversar cómodamente. Pero terminábamos por conseguirlo y entonces pasábamos veladas de lo más delicioso escuchando a aquellos tres hombres ilustres: el Padre d'Alzon, el Padre Monsabré y el señor Germer-Durand.

El Padre siempre se mostraba de una alegría encantadora, pese a que por entonces sufría de una tos pertinaz. A pesar de eso, intentó cantar una tarde la canción de *Magali*, del *Mireio*, de Mistral:

*O Magali, ma tant aimado!*

El Padre tenía una voz poco musical, de una falsedad crónica; añadid una gripe pasajera, pero violenta, y podréis haceros una idea de la armonía de los sonidos que salían de su pecho y caían de sus labios al interpretar la suavidad del canto provenzal. Sin mencionar la pronunciación que el Padre nunca logró captar. El Padre Monsabré se torcía de risa a carcajadas; el Padre d'Alzon se interrumpía a menudo para reír también a gusto, hasta que finalmente abandonando la empresa dejó al señor Germer-Durand la tarea de terminar la canción.

El Padre Monsabré improvisó aquella noche una canción para celebrar el talento y sobre todo la buena voluntad del *virtuoso* de la voz falsa, del oído poco afinado, del corazón franco y la buena voluntad. El primer verso de dicha canción, el único que sobrevive en mi memoria, decía:

*¡Objeto querido de mi pasión más pura!*

con la música de:

---

<sup>1</sup> *Elzeviros* o *elzevirios*: nombre dado a los libros impresos por los célebres impresores holandeses, los *Elzevier*, de los siglos 16 y 17 (nota del traductor).

*¡Allí están los que duermen bajo la nieve*

*Y ni el tambor los puede ya despertar!*

Se parecía más o menos a una canción de cuna con la música del *Dies irae*. ¡Para morir de risa!

En otra velada nadie cantó. Hubo entre el Padre d'Alzon y el señor Germer-Durand un auténtico recital a base de finura, de erudición y de ciencia. Se trataba de improvisar una novela de corte histórico al estilo de *Fabiola* del cardenal Wiseman. Empezó el Padre, la continuó el señor Germer-Durand; luego alternativamente los dos narradores retomaban el hilo del relato hasta su desenlace. Sus narraciones se iban combinando admirablemente y lograron un todo tan armonioso como completo.

Se trataba de una familia patricia y cristiana que huye de Roma ante la persecución y viene a establecerse en Nimes. La integraban el padre, Bulbus, la madre Flavia, dos muchachos y una hija. Compraban cerca de *Nemausus* una propiedad que hoy se llama el *Mas de Boulbon*, del nombre de Bulbus.

El señor Durand hizo entrar en su relato sus amplios conocimientos arqueológicos y epigráficos; el Padre metió toda su pasión, su fe y la descripción de la Roma de las catacumbas.

Los dos hijos de Bulbus se hicieron sacerdotes, la niña consagró a Dios su virginidad. Uno tras otro todos los miembros de aquella ilustre familia recibieron la palma del martirio.

La narración resultó palpitante de interés. Era una maravilla ver a aquellos dos hombres distinguidos abriendo su inteligencia y su corazón para crear las admirables escenas de la más brillante y sabia improvisación.

Se me agradecerá, así lo creo, que introduzca al lector en estas interioridades de la vida íntima. Los hijos del Padre d'Alzon, mis queridos Agustinos de la Asunción, conocerán así mejor el corazón, la finura y el humor agradable de su santo fundador, porque nada supera en encanto y en interés lo que podemos llamar con exactitud estas escenas de familia. Bendigo a Dios cada día por haber sido testigo de ellas. Un detalle característico: en aquellas veladas tomábamos un excelente té que el Padre tenía a gala preparar él mismo en la chimenea, a veces con ayuda de una lámpara de alcohol. Lo servía en tazas de porcelana muy comunes; sacábamos el azúcar de un bote redondo de madera de alerce, como los candelabros, y lo revolvíamos con una cucharilla de la misma madera.

Dulce alegría de los viejos tiempos, ¿no volverás nunca más? ¡Por desgracia!

### **Consejos a los novicios**

Ahora una confidencia. Quien esto escribe sabe muy bien que va a meter los dedos entre dos piedras o el pie en un avispero. Asume su responsabilidad, ya que ha emprendido la tarea de dar a conocer el lado íntimo de la bella personalidad del Padre d'Alzon, cueste lo que cueste, aun cuando haya que constatar que ha aprovechado mal las enseñanzas recibidas.

El Padre era un original; es cierto y él mismo lo ha confesado en múltiples ocasiones. Quien quiera convencerse sólo tiene que leer sus *Mémoires d'un ancien*<sup>1</sup>. Hay que aclarar el valor y el alcance de los términos. ¿Qué es un original? Aquel que no es copia de nadie, se sale de lo trillado y se singulariza precisamente porque es distinto de la mayoría. Los santos han sido unos originales. Los hombres llamados a cumplir la gran misión de poner a la sociedad en el camino recto son unos originales. Si Nerón hubiera escrito un diario de su vida no hubiera dejado de señalar que Pedro y Pablo eran unos originales de talla de los que había que deshacerse.

Los santos tienen sin embargo un modelo sobre el cual se moldean: Jesucristo, Dios y hombre. El Padre d'Alzon tenía aquel divino modelo constantemente ante sus ojos; se dejaba guiar por la Iglesia con la sencillez de un niño; luego tiraba para adelante sin tener muy en cuenta la opinión de los hombres. Así es como el Padre d'Alzon era un original.

Ha querido dejar tras de sí discípulos impregnados del mismo espíritu; por lo tanto, según el mundo, ha instituido una Congregación de originales. Y estos originales, notadlo bien, son acompañados en sus obras y en sus peregrinaciones por multitudes a quienes arrastran, lo que prueba que el número de los originales es bastante crecido en la sociedad y, gracias a Dios, con tendencia a aumentar.

Pío IX, hablando un día a unos Oficiales franceses por Navidad, comenzó su discurso con esta palabra: *Aux primordes de l'Eglise...*(en los comienzos de la Iglesia...). La palabra no era francés, pero la encontraron muy

---

<sup>1</sup> Serie de artículos, de recuerdos suyos, que el Padre d'Alzon escribió para la revista *L'Assomption de Nîmes* entre 1875-1879. (Nota del traductor).

bien colocada y expresiva. Que se nos permita, pues, decir aquí: *Aux primordes* de la Congregación de los Agustinos de la Asunción, cuando todavía no había ni Constitución, ni Reglas, ni Costumbrero, ni hábito determinado, cuando todo estaba aún en ese caos que precede a toda bella creación, el Padre se había elegido discretamente algunos discípulos a quienes iniciaba en sus proyectos. Se ocupaba especialmente de los niños que había elegido. Los tomaba aparte para instruirlos y dirigirlos; regulaba sus ejercicios de piedad, sus lecturas, sus pequeñas mortificaciones.

He aquí el resumen abreviado de algunos de sus consejos espirituales, anotados por uno de los primeros cuasinovicios a comienzos del año 1846:

"Evitad singularizaros y también toda exageración; no os enfurruñéis; tened siempre un talante ecuánime. Sed dignos en vuestros ademanes, sin rebuscamiento ni afectación. Nada de cuellos torcidos, ni de poner los ojos en blanco cuando rezáis, meditáis o contempláis. Al meditar dejaos llevar suave y sencillamente; no intentéis construir tratados sobre el tema de vuestra meditación.

Apreciad sobre todo las devociones de la Iglesia, que debéis preferir a las prácticas de devoción de pura fantasía; amad la liturgia, el canto y el Oficio divino. En todas las cosas conservad la libertad de espíritu, la suavidad y el buen humor; un santo religioso que conocí, decía sonriendo: "*Hay que acostumbrarse a rezar rondibiliter quoniam bon train; quia hilarem datorem diligit Dominus (rezar con naturalidad y a buen paso, porque Dios ama al que da alegremente).*

Tomad vuestro alimento sin avidez; no como animales que se agachan o se tumban sobre la hierba que pastan en los campos.

Aprended el arte de tratar con Dios; no seáis mezquinos con Nuestro Señor; servid a Su Majestad con generosidad y amor leal. Aprended a conversar con él, escuchadlo. Decidle a menudo: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus (habla, Señor, que tu siervo escucha)*, y oiréis su voz; o más exactamente sentiréis cómo algo suave entra en vuestra alma iluminando vuestro espíritu. Tened la fe de aquella superiora que iba a llamar suavemente a la puerta del sagrario diciendo: "Señor, te aviso que ya no queda pan en la artesa".

Tened vuestras mortificaciones preferidas. Por ejemplo: hace calor, camináis por el campo, la sed os abrasa bajo un sol ardiente. De pronto, he ahí aguas frescas de un manantial que brota de una roca, a la sombra de un árbol frondoso. ¡Oh, qué suerte! Pero vuestro corazón se acuerda del Salvador crucificado, que experimentó las angustias de la sed. Os decís entonces: "No, Dios mío, no beberé". Y pasáis sin beber.

Usad vuestros pequeños trucos por el estilo. Desconfiad de vosotros mismos; contad con la gracia de Dios, sin la que nada podéis. Dadle gracias continuamente de haberos preservado del pecado, de haberos levantado cuando habéis caído. Tened los sentimientos de san Felipe Neri: cuando se enteraba de algún escándalo, se ponía de rodillas y exclamaba:

-¡Oh, Señor Jesús, yo haría cosas peores si tu gracia no me sostuviera!".

El Padre le decía a uno de sus alumnos con ciertas rarezas, con tendencia a la misantropía:

- Vamos, ánimo, amigo mío, ¿estás siempre en guerra contra la humanidad entera? Todo el mundo tiene que soportar tus defectos y te crees con derecho a quejarte de las faltas de los demás. ¡Si fueras un poco hábil, dirigirías ese humor agrio exclusivamente contra ti mismo y te harías un santo! Las pasiones son fuerzas; aprende a usar esas fuerzas a tu favor y no en tu contra.

Podríamos escribir todo un libro, y muy útil, recogiendo los pensamientos del Padre d'Alzon. Formaríamos una magnífica gavilla de consejos prácticos.

En mi caso escribo las que he espigado yo mismo. El Padre Emmanuel (Bailly) debe tener almacenado un tesoro inmenso que espero nos muestre algún día. Por eso evito decir lo que él debe saber tan bien y mejor que yo.

Espero publicar algún día un ramillete de trozos de cartas de dirección espiritual del Padre, dirigidas, sea a personas del mundo o bien a religiosos y religiosas, documentos preciosos que circunstancias particulares han hecho llegar a mis manos.

### **Director del colegio**

Cualquiera que sea el ángulo bajo el que se mire la hermosa fisonomía del Padre d'Alzon, nos asombra la suma de sus dones, tan variados como eminentes, que han hecho de él un gran carácter.

Para completar su retrato, tendríamos que presentarle sucesivamente como predicador, profesor, confesor, hombre de sociedad y de conversación, conferenciante de cuestiones políticas y religiosas, fundador y legislador. Tomémoslo, para empezar, como *director del colegio de la Asunción*.

Considero este estudio muy importante, porque en él encontramos aquellas maravillosas cualidades que ha infundido en todas sus obras y cuyo conjunto forma lo que llamamos: el espíritu del Padre d'Alzon o el espíritu de la Asunción.

Ernest Daudet ha dicho de él: "Todos sus alumnos le han amado apasionadamente". Sí, sin embargo no todos han sido perseverantes en seguir sus ejemplos. El mismo Ernest Daudet se ha descarriado muy lejos de la casa de un Padre, cuyo recuerdo sigue siendo para él muy querido.

Amábamos al Padre, también le temíamos; tan bueno como era su corazón, tan firme era su voluntad y su mano enérgica.

Mantenía con vigor la más firme disciplina; era rápido y severo si se trataba de reprimir un desorden; era inexorable cuando, tras madura reflexión y escrupuloso examen, creía que debía descargar un golpe ejemplar para castigar una falta grave.

Los antiguos de la Asunción deben recordar aún tres circunstancias memorables, cuyo relato presento aquí:

En primer lugar, el despido de L. de Gr... por un serio acto de desobediencia. Era uno de los mejores alumnos del colegio, tan apreciado por los profesores como por los alumnos. La sentencia que le castigaba era justa; nos aterró, y esparció por todo el colegio un velo de tristeza. Sin exageración, todo el mundo lloraba. El pobre L. de Gr... debía quedarse algunos días en casa antes de su definitiva partida. Cualquier comunicación con él estaba prohibida; se le mantenía en un severo secuestro.

Profesores y alumnos aprovecharon el corto plazo; se pusieron de acuerdo para cubrir de firmas un recurso de gracia. Íbamos a rezar a la capilla como para hacer cesar una calamidad pública. La clemencia pudo con la estricta justicia; el Padre se dejó doblegar por las súplicas unánimes de sus hijos. Perdonó; el alumno fue reintegrado y devuelto a sus camaradas, que aclamaron a su Padre por un acto de generosidad que nunca tuvo que lamentar.

He aquí el segundo hecho:

Los músicos de la banda del colegio tuvieron la mala fortuna de caer en desgracia. Fueron acusados de faltar gravemente al respeto a uno de los profesores, que era el prefecto de disciplina. El castigo cayó esta vez rápido y aplastante como el rayo. La banda de música fue disuelta; los nombres de los músicos aparecieron con tinta roja, lo que conllevaba una mala nota, en el tablero de clasificación que pendía de las paredes del recibidor; además todos los miembros de la infortunada banda de música fueron privados de la salida mensual. Los detalles de tan doloroso acontecimiento serán relatados en otra de nuestras *Anécdotas*.

¡Y queríamos apasionadamente al hombre que sabía castigarnos tan bien! ¡Aceptábamos que tenía razón en las mismas cosas que más nos contrariaban! ¡No, jamás maestro alguno tuvo tal ascendiente ni gozó de tal prestigio entre sus discípulos!

He aquí ahora, según mi observación, algunos de los principios que regulaban su conducta como director del Colegio.

El Papa León XIII decía: "Hay dos maneras de gobernar a los hombres: con la mano escondida en el corazón, o con el corazón encerrado en la mano". O bien el vigor haciendo sentir la suavidad; o la suavidad haciendo comprender que la fuerza viene detrás.

En el Padre d'Alzon se veía el corazón; se intuía que detrás del corazón había una mano vigorosa. Se encontraba en él la feliz combinación de dos caracteres: el Padre de familia y el jefe de ejército. Hacía respetar la autoridad, nunca desairaba a un profesor en presencia de un alumno.

Era observador; se hacía rendir cuenta de todo; veía mucho por sí mismo, con su ojo vivo y penetrante.

Quería una vigilancia digna; detestaba el espionaje que, como decía, "hace a los niños simuladores".

Es sabido cómo su ojo vigilante seguía abierto durante la noche; tenía la costumbre de recorrer los dormitorios con una linterna en la mano. Bendecía a sus niños mientras dormían.

Su tacto era perfecto; pronto se daba cuenta del estado de desmoralización o desánimo en que caían algunos alumnos por culpa de maestros, bien intencionados, pero incapaces de comprender el carácter peculiar de tal o cual alumno. Mediante sus sabios consejos, pronto las aguas volvían a su cauce normal.

La sección de los mayores, la sección modelo, también tuvo su día nefasto. Olvidando sus gloriosas tradiciones, infiel, por una vez, a su buen espíritu, se permitió murmurar contra una orden del prefecto de disciplina. El ejemplo de lo que podía tomarse como amotinamiento por parte de los mayores, podía causar un escándalo y podía provocar gran daño a las dos otras secciones, la de los medianos y la de los pequeños. El castigo se hacía necesario; no se hizo esperar.

El Padre d'Alzon -cosa inaudita hasta entonces- condenó a la primera sección en masa a un día sin salida. Era una enormidad, aunque bien merecida; sin embargo, el colmo del castigo llegó cuando anunció que él mismo haría la vigilancia.

Cuando llegó el momento de la ejecución, el Padre subió al púlpito del vigilante. Ahí estaba, de pie, rostro severo, ojos chispeantes. Todos temblábamos, nadie osaba mover ni pie ni mano; incluso temíamos hacer ruido con la pluma mientras escribíamos rápidamente el *pensum*, la tarea del castigo. Resultaba evidente, por otra parte, -todos compartíamos esta impresión- que el terrible vigilante buscaba la ocasión para un escarmiento, y que mantenía el ojo atento a los alumnos más distinguidos por su buena conducta habitual. De hecho el rayo cayó sobre la cabeza de quien es hoy obispo de Montpellier. Se había vuelto hacia su vecino de la derecha -el que escribe estas líneas- como para pedirle algo. No le dio tiempo a abrir la boca; era la víctima ideal; fue tomada y lavada de pies a cabeza con un *jabón* en que se mezclaban las esencias más mordaces y más amargas, prodigadas con finura y sarcasmo.

Fue, de parte del Padre, un auténtico derroche de elocuencia; pero fue el golpe postrero; finalmente podíamos respirar; la descarga había agotado la electricidad.

Respetaba al niño; trataba a sus alumnos de modo que les quedara siempre un profundo sentimiento de la dignidad personal.

Tenía el talento de volver a poner al descarriado en el buen camino; le ayudaba a recuperar sus buenas notas y su reputación, con tal suavidad, que el niño no pensaba sino en reformarse a sí mismo por su propio esfuerzo. ¿No obra así la gracia divina, que nos ayuda poderosamente, al mismo tiempo que nos deja el mérito de santificarnos?

Cuando hacía un reproche, siempre dejaba un resquicio a la esperanza, como un bálsamo en el fondo del alma.

Nunca desalentaba; si necesitaba resaltar los defectos, tampoco olvidaba hablar de las cualidades que dejaban la esperanza de una rehabilitación completa. Mantenía siempre al alumno a flote, fueran cuales fueran las malas disposiciones. Con él nadie se sentía *hundido*, a menos que lo deseara absolutamente él mismo. Sabía inspirar a todos un sentido razonable y verdadero de amor de sí mismo.

Combatía las amistades particulares con un tacto admirable. En tales casos se servía de su habilidad para tornar risible la situación, y lo hacía con una gracia y un humor encantadores; curaba sin ofender, *castigat ridendo*.

Nos recordaba más de una vez ciertos consejos de san Bernardo, por ejemplo: que un superior ha de tener el ojo en todas partes, pero que existen cosas que debe saber y actuar como si las ignorara, y otras que ha de saber y mostrar enérgicamente que las sabe.

No he querido hablar aquí del sacerdote, del profesor y del conferenciante, para pintar exclusivamente al director del colegio.

### **Calcetines de seda**

La señora vizcondesa de d'Alzon solía aprovechar las visitas de su hijo a la casa paterna para renovar el ajuar. Siempre llegaba a casa desarrapado, porque lo daba todo y no sabía negar nada.

Ahora bien, los pobres de Nimes esperaban puntualmente al abate d'Alzon cuando volvía de Lavagnac; se apostaban a la puerta de su casa, en la calle Margarita, seguros de conseguir siempre algo.



Un día, el abate volvió con su maleta llena de ropa nueva, de excelente calidad y marcada con sus iniciales. Su madre lo había colocado todo cuidadosamente para su querido "mendigo". Entre otras cosas había metido una docena de calcetines de seda negra.

El abate llega a casa, sus pobres habituales le tienden la mano; está sin dinero pero no sin recursos. Abre la maleta y distribuye cuanto contiene.

Todos los calcetines se fueron con el resto; sólo quedó la maleta para ser llenada de nuevo. Algunas piezas del ajuar fueron rescatadas por personas de su afecto, puestas al corriente a tiempo, y devueltas a su dueño que las necesitaba más que algunos de los pobres.

Hay quien cuenta que se pudo ver cerca de la Maison Carrée a un mendigo en andrajos pero con unos magníficos calcetines de seda cubriéndole las piernas, de los que presumía y de los que nunca quiso desprenderse a ningún precio. Los mostraba con orgullo sin ocultar de dónde procedían.

Así es como algunos pobres estrenaban, mientras el señor Vicario general se contentaba con lo usado y remendado. Dicen que era extravagancia y locura. ¡Ciertamente tales locos son extraordinariamente cuerdos! Al menos eso pensamos nosotros de nuestro Padre.

### **Leal y altivo**

Hubo en otro tiempo en Nimes un hombre rico, muy rico, que heredó de repente una inmensa fortuna. El pueblo decía que sus bodegas reventaban de oro.

Ahora bien, este hombre se había construido un palacio; se había vuelto poderoso entre sus conciudadanos, a quienes sobrepasaba en muchos millones. No era mala persona ni ingrato; tenía buen corazón, con una buena dosis de ambición: primero en fortuna, deseaba ser el primero en influencia. Esta última preeminencia no estaba vacante, el Padre d'Alzon la ocupaba desde hacía mucho tiempo; su "sombra que gana batallas después de muerto", sigue conservándola.

El hombre rico deseaba ser amigo del Padre, cuyo carácter admiraba y respetaba, al tiempo que envidiaba su posición social. Estaba dispuesto a hacer mucho por las obras de la Asunción; y podía permitírsele desde el punto de vista pecuniario. ¡Pues bien!, el Padre d'Alzon no vaciló en romper con aquel Crespo; lo dejó de lado y se alejó de él en cuanto tuvo claro que no caminaba con rectitud por el sendero francamente católico, con absoluta entrega al Papa.

En aquel mismo momento el Padre andaba sin dinero; acababa de arruinarse una vez más en obras de apostolado y de caridad. Hubiera preferido vivir a pan y agua, mendigar de puerta en puerta, antes que plegar sus principios y confraternizar con alguien que, rico o poderoso, podía ayudarle en sus dificultades, pero que no era sinceramente católico en todos los aspectos y colocaba al César antes que al Papa.

Este ejemplo no es el único en la heroica vida del Padre d'Alzon. ¡Bravo! Sí, ¡bravo, a la memoria de nuestro Padre! ¡A aquella alma noble tan bien templada! ¡Ojalá todos sus hijos se le parezcan!

Ahí está realmente el espíritu caballeresco de la Asunción, que es el de "aquel sacerdote de alma altaiva, independiente, intrépida, *de un tan grande talante sacerdotal*"<sup>1</sup>.

### **Dignidad declinada**

Es muy probable que, de la conflagración general de su preciosa correspondencia, nuestro Padre no haya salvado una carta de Monseñor Affre, el arzobispo mártir de París. Me siento feliz de recuperar de entre mis notas del colegio un detalle que merece su lugar en este anecdotario. Desgraciadamente, no conservo la fecha de la carta, pero mis notas son de 1848, después de la gloriosa muerte del arzobispo. Por aquellas fechas será que el Padre puso bajo mis ojos la carta de la que he conservado el extracto siguiente:

"Señor y muy querido abate d'Alzon, apelo a su amor a la Iglesia, a su entrega a la causa del bien, para pedirle que acepte el puesto de Vicario general de París. Me sentiría feliz de tenerle a mi lado; me ayudaría a llevar la pesada carga del episcopado. Usted conoce París, donde ha estudiado; el recuerdo de su señor padre se conserva aquí fielmente; vuestro nombre, vuestros talentos y vuestra influencia garantizarían el éxito de vuestro ministerio, sobre todo entre cierta clase social y entre la juventud. Le ofrezco un vasto campo de acción; no será nunca demasiado amplio para vuestro celo...".

---

<sup>1</sup> Monseñor de Cabrières, *Discurso para el cincuentenario*. Las palabras en cursiva son de Lacordaire.

El Padre no aceptó; prefirió quedarse en Nimes. Vivió sin ambición; quiso seguir siendo humilde, él que tenía todas las posibilidades de subir alto y de "sentarse en un trono en una Iglesia ilustre", como ha dicho tan acertadamente Monseñor Besson. Hizo muchos obispos; colocó en más de una cabeza la mitra de oro; la suya la cubrió con el capuchón del religioso. Sí, así es, pero su noble frente se halla aureolada por los rayos de la inmortalidad.

### **Fidelidad a los principios**

Nuestro ilustre Padre era fiel a sus principios políticos e inflexible sobre los principios religiosos, que eran los móviles de su conducta.

Para quienes le conocieron no existe ni la sombra de una duda de que hubiera aceptado y seguido la línea política trazada por León XIII. No sólo se hubiera sometido, sino que hubiera considerado como un deber defender, explicar y sostener el pensamiento del Soberano Pontífice. Su lealtad a la Santa Sede no era a medias o con reservas.

Su obediencia al Papa no conocía límites, lo mismo que su respeto por la cátedra apostólica. He aquí dos ejemplos:

En Roma había tratado mucho al Padre Ventura, de quien era tiernamente amado. Llegó el día en que el célebre teatino se opuso a Pío IX en cuestiones políticas y hubo de abandonar Roma. Vino a Francia; avisó al Padre d'Alzon de su paso por Nimes y de su próxima llegada al colegio de la Asunción. El Padre mandó prepararlo todo para recibirle, pero se retiró al castillo de Lavagnac, para no tener que acoger personalmente a un sacerdote que había osado oponerse al Papa, aunque fuera en temas que no atañen a la doctrina religiosa.

Uno de sus alumnos, párroco en una parroquia del Hérault, había debido recurrir a la Santa Sede por causa de ciertas dificultades. Llegado a Roma se topó con obstáculos planteados por la diplomacia del cardenal Antonelli, Secretario de Estado. Extrañado de tener que pelear contra la diplomacia en un asunto que estimaba puramente eclesiástico, el joven sacerdote se quejó en voz alta del cardenal. Escribió, a este propósito, una larga carta al Padre d'Alzon. Creyéndose tratado injustamente, describía la actuación del Secretario de Estado en un tono fuerte y desmedido. El Padre le respondió con una nota severa de la que destacamos este significativo aparte:

"No entro en tu manera de distinguir entre lo que llamas ámbito religioso y ámbito diplomático. Me atengo, por lo que me atañe, al ámbito del respeto absoluto que debemos al Papa. El Cardenal Antonelli es un ministro del Papa; eso es lo que yo considero. Si tienes la pretensión de tratar de poder a poder con el ministro del Papa a eso lo llamaría, dulcificando mucho los términos, una impertinencia. Y te dejo bien claro que si persistes en seguir ese camino, me alejaré de ti y abandonaré tu causa".

He ahí al auténtico Padre d'Alzon. A menudo le han acusado de inconstancia. Es cierto, la confianza que depositaba en ciertas personas, incluso en sus amigos más íntimos, variaba según que seguían o se apartaban de aquellos principios que para él eran inmutables. Vivió y murió fiel a su lealtad absoluta a la Iglesia y al Papa, sin restricciones, sin olvidar nunca que era un cordero ante Pedro, un discípulo, no un maestro; un hijo que obedece a la primera indicación de su Padre. Este es el espíritu católico que ha legado a sus hijos como la más hermosa herencia. ¡Bendito sea Dios! ¡En esto sobre todo somos fieles a nuestro Padre y maestro!

### **Historia de un anillo**

Monseñor Cart tenía un precioso anillo episcopal cuya piedra principal, un rubí, había sido sacado de la casulla de santo Tomás de Canterbury, que se conserva en Sens. El rubí, rodeado por un círculo de flores o de estrellas hechas de perlas y turquesas, está engarzado en el sello de una sortija de oro; alrededor del anillo, por el lado externo, hay escritas estas palabras en francés: *De la casulla de santo Tomás de Canterbury*.

Monseñor Cart legó este anillo, una cruz pectoral y su rosario, "a su querido vicario general". El Padre, siempre tan generoso, donó dos de tales objetos a sendos conventos; el anillo se lo regaló al abate de Cabrières.

Éste, no menos generoso que su Padre, lo regaló a las Damas de Besançon. Allí, ignoro cómo, pasó a ser propiedad de su capellán; pero tras su muerte fue reclamado por el abate de Cabrières, a instancias de un antiguo alumno que pensó que el anillo que llevaba el recuerdo de santo Tomás debía ser ofrecido al arzobispo de Westminster. El Padre d'Alzon estuvo de acuerdo.

En efecto, la reliquia fue confiada al Padre Picard, que debiendo viajar a Londres para tratar de algunos asuntos con las Religiosas de la Asunción, se la entregó a Monseñor Manning. El anillo se conserva en la capilla del palacio episcopal de Westminster, al lado de las reliquias de santo Tomás y de una mitra del gran pontífice mártir, llegada también de Sens.

### **Cuestión social**

El Padre d'Alzon tomaba la Sagrada Escritura como base de sus estudios sociales. Como lo hizo Bossuet, en su *Política sacada de la Sagrada Escritura*, gustaba de buscar en los libros inspirados, los principios fundamentales sobre los que debe reposar el orden social.

No poseo más que notas sueltas sobre algunas de sus explicaciones; es fácil sin embargo resumir sus puntos de vista, por ejemplo sobre la parábola de los viñadores del capítulo 20 de san Mateo. He aquí su modo de interpretarlo:

"Encontramos, decía, en esta parábola los elementos siguientes: los patronos y los obreros; el trabajo, las horas de trabajo, el salario y el contrato. Los derechos del obrero están definidos, lo mismo que los del patrón que ofrece un salario conveniente, reservándose el ir más lejos que la estricta justicia, según las circunstancias.

Al rayar el alba el patrón se va a la plaza pública donde los hombres esperan para ser contratados.

Naturalmente elige a los más robustos y se compromete a pagarles un denario al día; era un salario razonable. Los viñadores aceptan las condiciones; se van a la viña.

Probablemente se necesitaban más trabajadores y el patrón vuelve a buscar a otros hacia las nueve. Elige a algunos, pero como el día está avanzado no hace contrato alguno, no fija ningún salario y dice sencillamente: "Id y os daré lo que sea justo".

Vuelve a mediodía, y a las tres de la tarde; elige a algunos y les envía a su viña sin estipular nada.

Hacia las cinco de la tarde encuentra aún a algunos obreros que esperan. Movido a compasión al verlos les dice: "¿Qué esperáis aquí sin hacer nada?" - "Nadie nos ha contratado, no encontramos ocupación".

Es evidente que los mejores brazos habían sido contratados primero. Los de la hora undécima -una hora imprecisa que no era sino parte de una división legal del día- eran hombres más débiles, viejos y mal equipados. Sin embargo, también necesitaban comer, ellos y sus hijos, como los demás. El buen patrón los envía prometiéndoles lo que sea de justicia.

Las horas de trabajo comenzaban, pues, al romper el día y se prolongaban hasta las seis de la tarde, o la duodécima hora, teniendo en cuenta las horas de comida, el tiempo de ir al campo y del regreso al final de la jornada.

Cae la tarde; el intendente va a pagar a los trabajadores, dando a todos el mismo salario, siguiendo las instrucciones del patrón. Además llama primero a los últimos en llegar y les hace pasar antes que a los primeros, siguiendo las órdenes recibidas.

En esta circunstancia se da una situación que merece un tratamiento delicado, un respeto particular: los pobres, los débiles, los abandonados, que a su pesar no han podido realizar sino poco trabajo.

En esto encontramos aquella justicia cristiana mayor que la de los fariseos. La justicia estricta da a cada uno lo que se le debe estrictamente. Pero cuando la justicia se eleva al nivel de la perfección, como es el caso de Dios, mediante una mezcla de misericordia y de caridad, el patrón se hace amigo de los desempleados. Así a los primeros se les paga por el trabajo que han realizado y para el que habían sido contratados; los otros, los últimos sobre todo, que se habían remitido a la generosidad de un buen corazón, reciben la paga de un trabajo que no han podido realizar porque no han sido contratados sino a una hora avanzada del día, a pesar de haberse presentado en la plaza para encontrar trabajo.

Anotad lo siguiente: los de la tercera, sexta y novena horas, no están celosos ni se quejan del modo como los últimos son tratados. Los que fueron al rayar el alba murmuran injustamente; no porque no están bien pagados, sino porque les parece que a los otros se les ha pagado demasiado. ¡Como si tuvieran bajo su control los fondos del capitalista!

No consideran que sus pobres compañeros no tienen ni sus fuerzas ni su habilidad; y que sin embargo, tienen que vivir y hacer vivir a su familia, y que es bueno que la generosidad cristiana restablezca el equilibrio.

No ven, porque su ojo es malo. ¡Ahí tenéis a los socialistas reclamando la igualdad y murmurando contra quien realmente restablece la igualdad! No ven las cosas así. El patrón, muy justificadamente, le dice al que se hace portavoz, al orador de la banda: "Amigo mío, no te hago ninguna injusticia. Toma lo que te pertenece. ¿Es tu ojo malo porque yo soy bueno? ¿No tengo derecho a hacer lo que quiero con lo mío? Si hubiera doblado tu paga y si hubiera dado sólo la paga de una hora a los que no han trabajado sino una hora, ¿hubieras murmurado y reclamado en favor suyo?"

Patrones y obreros harían bien conociendo el Evangelio. Muchas cuestiones sociales, cuya solución desafía a los más grandes hombres de Estado, se volverían claras y fáciles de resolver si el Evangelio fuera bien comprendido y bien meditado. Los economistas hacen grandes teorías; escriben libros, elaboran tablas estadísticas; y sin embargo no avanzamos; los problemas permanecen oscuros. Van a buscar luces a todas partes menos allí donde Dios las ha puesto. San Mateo les enseñaría muchas cosas a quienes nos dirigen si consintieran solamente en leer a san Mateo".

La cuestión social de los obreros no era el mayor tema de actualidad en la época en que el Padre d'Alzon explicaba este Evangelio de esta manera; ¿no es interesante constatar con qué penetración percibía las tendencias populares?

Este comentario práctico está anotado en mi diario con fecha de mayo de 1847; se trataba de una conversación.

### **Monseñor Plantier**

En su magistral discurso pronunciado ante la estatua del Padre d'Alzon, en Nîmes, Monseñor de Cabrières, nos dijo estas palabras:

"Monseñor Plantier y el Padre d'Alzon se mantenían cada uno en su esfera. Su entendimiento mutuo era tan perfecto que algunos han ido hasta afirmar que el celo del Monseñor de Nîmes por las causas romanas le había sido comunicado, impuesto casi, por el carácter dominante de su Vicario general".

Si el Padre d'Alzon era dominante, Monseñor Plantier lo era tanto o más, y estaba menos que nadie dispuesto a aceptar "un celo comunicado, impuesto casi" por nadie, incluso un Vicario general. Sin ninguna duda, el Padre ejerció una gran influencia en su obispo; se trataba de la influencia de la oración, del ejemplo y también de la palabra oportuna, dicha en el momento oportuno. Añadió a ello una paciencia admirable en los momentos de sufrimiento; nunca hubo nada inadecuado en su manera de actuar, ya que su respeto por su superior era profundo y sincero.

A propósito de esto, citaré con precisión algunos hechos interesantes capaces por sí solos de proyectar una auténtica luz sobre el tema que nos ocupa:

Unos días después de la muerte de la señora d'Alzon, el Padre vino a Montpellier para asistir a la misa llamada de "salida", celebrada en la iglesia de San Roque por el abate Recluz, cura de dicha parroquia. Recuerdo que el Padre manifestó su descontento, y con razón, cuando vio que el cura apareció con casulla amarilla cuando la rúbrica prescribía el ornamento negro.

Después de la misa, de regreso a la casa donde había expirado la señora d'Alzon, estábamos en el salón, junto con el Padre, el abate Barnouin y yo. Nos dijo:

- ¿Sabéis que Monseñor Plantier me ha dicho lo siguiente?: "Ahora que su padre está solo, supongo que no seguirá de Vicario general".

A esa cortante observación respondí:

- Monseñor, no me hice sacerdote para mi padre y tampoco Su Excelencia me hizo Vicario general para él. Continuaré, pues, sirviendo a la Iglesia en el cargo que mi obispo ha tenido a bien confiarme, si así me lo permite.

En aquel momento la señora de Puységur entró en el salón y la conversación cambió de tema. Sin embargo, a partir de aquel día las relaciones entre el obispo y su Vicario general se tornaron cada vez más afectuosas; este afecto mutuo duró toda la vida.

Escuché de labios del Padre lo que voy a referir a continuación.

Estando un día solo con Pío IX -en Castelgandolfo, creo- vio sobre la mesa del Papa la fotografía de Monseñor Pie de Poitiers. Tenía en su breviario un retrato de Monseñor Plantier; se lo enseñó al Papa, rogando a Su Santidad que lo aceptara y lo pusiera al lado del de Monseñor Pie. El Papa dijo sonriendo:

- ¡Pero, si es un galicano!

- Es cierto, pero le sentará bien la compañía, bajo vuestra mirada.

El Papa aceptó el retrato y lo colocó al lado del obispo de Poitiers.

- Y ahora, Santo Padre, dijo el Padre d'Alzon envalentonado, dígnese decirme para mi obispo unas palabritas que pueda transmitirle de su parte.

- Ah, dijo Pío IX, ¿debo felicitarle por su galicanismo? ¡Vamos, dígame de parte mía que le bendigo y que le admiro por la elocuencia de sus escritos en defensa de la Iglesia!

Cuando Monseñor Plantier supo lo que el Papa había dicho y lo que había hecho aceptando su retrato, se emocionó hasta el fondo del alma.

He ahí los procedimientos del Padre d'Alzon para sacar de su galicanismo a un ilustre prelado y para dar a la Santa Sede un defensor intrépido, que se entregó por entero y sin restricciones, como todos sabemos, siguiendo las doctrinas ultramontanas. Él mismo explicó las razones de su cambio de actitud en una carta muy bella dirigida a Monseñor Maret.

He tenido gran cuidado aquí, como en todas las demás *Anécdotas*, de reproducir textualmente las palabras del Padre d'Alzon. Mi memoria es fiel; sin embargo recurro siempre a mis notas, tomadas en la época en que ocurrieron los hechos o cuando me han sido contados.

El señor obispo de Montpellier llevaba un diario en el que escribía, cada día, sus impresiones y sus recuerdos. Las páginas de ese diario contienen, lo sé, tesoros que Su Excelencia dará quizá un día a los Agustinos de la Asunción, que son sus hermanos y los míos. Que llegue pronto ese día, *quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies!* (porque atardece y el día ya ha declinado).

### **Las almendras**

El Padre se preocupaba muy poco de la comida. Era sobrio y frugal como un anacoreta; comía muy rápido, demasiado rápido para el bien de su salud, ya que el estado ordinario de su estómago no era bueno; sufría dolorosos calambres.

Era muy aficionado a aquella variedad de almendras de cáscara blanda que en el Mediodía llaman "almendras de damas". Se cosechaban muchas en sus dominios de El Vigán y Lavagnac. Más de una vez el pequeño Manuel, buscado en vano por todo el parque, era descubierto subido a algún almendro, comiendo almendras como las ardillas. Un viejo servidor del palacio de El Vigán contaba que no era difícil averiguar a qué árboles había estado subido el señorito Manuel, bastaba mirar la cantidad de cáscaras esparcidas por el suelo alrededor de los troncos, en la época de la cosecha. Esta pasión por las almendras no se extinguió nunca en el Padre; pero, pese a que era una pasión bastante inocente, representaba un punto flaco que sabía mortificar. En más de una ocasión pude constatarlo; sólo daré aquí un ejemplo:

Un día, en la época en que yo era capellán de la Providencia de Montpellier, me encontré con el Padre d'Alzon en la plaza de Canourgue. Salía de casa del abate Barre y bajaba hacia la catedral. Eran las nueve de la mañana.

- Padre, le dije, si está libre hoy vendrá a almorzar conmigo, ¿verdad?

- Hijo mío, temo que te haría esperar, tengo varias visitas que hacer.

- Le esperaré con gusto. ¿A qué hora?

- Hacia la una; declinaré toda invitación para poder ir a tu casa... Sin embargo, creo que sería mejor por esta vez.

Se le veía vacilante; entonces dije, seguro de ganar la partida:

- Padre, he recibido de Gignac una provisión de aquellas deliciosas almendras... ya sabe.

- ¡Ah!, en ese caso, espérame a las doce y media.

La victoria era mía; a las doce y media nos sentábamos a la mesa. Los diferentes platos vienen y van. Finalmente, ¡llegan las almendras!; una cesta llena del fruto es colocada en el centro de la mesa. Miro al Padre, que no alarga la mano a la cesta. Estábamos solos él y yo; entonces me dijo con sencillez:

- Mi querido hijo, déjame hacer. No tocaré las almendras, que me gustan con locura, lo sabes. Cuando me invitaste cedí a un viejo reflejo de gula, al que he cedido muchas veces en mi vida. Es hora de poner orden en esas fantasías de las que terminamos siendo esclavos; ¡seamos sus dueños!

Luego, riendo de buen grado, dijo:

- Haz que traigan el café y no olvides el vasito de *Gloria*.

Temía haberme dado una idea demasiado elevada de su espíritu de mortificación. Certifico que ni el café ni el coñac borraron en mi espíritu la lección de franca y delicada mortificación que el Padre acababa de darme. Queda demostrado en este momento, que tras más de cuarenta años, no lo he olvidado.

Estos detalles, como se ve, son íntimos. No por ello dejan de ser interesantes. Y, pese a que al contarlos me veo en la inevitable necesidad de ponerme en el proscenio -lo que desearía sin embargo evitar- no es razón para ocultar estos admirables rasgos que nos permiten penetrar en el corazón mismo de nuestro amado Padre.

### **Admirable sencillez**

El Padre d'Alzon había nacido para mandar; su lugar estaba siempre en la cabecera. Era vivaz, entusiasta, naturalmente imperativo y decidido. La inclinación de su carácter le llevaba a ser brusco, incluso tajante cuando se le contradecía. Por virtud, había llegado a ser completamente dueño de sí mismo, pese a que tenía a veces salidas impetuosas que reprimía inmediatamente.

Mil rasgos de su vida hacen resaltar su sencillez de niño, tan admirable como sorprendente en un hombre así. Citaremos dos:

Había escrito un largo memorandum contra un prelado que no viene al caso nombrar aquí. Era una denuncia aplastante que iba a enviar a Roma, pero había resuelto con toda lealtad enviar copia previamente al interesado mismo; el Padre estaba satisfecho con su trabajo: lo había escrito bajo el impulso de su entrega absoluta al Papa, para parar y paralizar una mala influencia.

Iba a mandarlo cuando llegaron a su habitación tres visitantes: dos Padres dominicos y el abate G..., antiguo alumno suyo.

- Llegáis en el mejor momento, dijo el Padre al recibirlos. Os voy a leer un memorandum que envió a monseñor N...

Lo leyó, era una terrible acta de acusación; las palabras que la componían parecían perforar como flechas. Terminada la lectura, uno de los dominicos dijo:

- Pienso, lo confieso, que este memorandum, tal como suena, hará más daño que bien. En lugar de irritar, ¿no sería mejor intentar primero con el lenguaje de la dulzura? Todo cuanto dice es cierto, no es nada exagerado, aunque expresado con términos muy acerados. Pero quizá lo ha escrito usted bajo la impresión de un sentimiento personal contrariado, tras haber sido tratado injustamente por ese prelado, como resulta evidente que así ha sido.

Las palabras del Padre dominico recibieron aprobación.

- Tenéis razón, dijo el Padre, os lo agradezco, pues vuestro parecer me parece cuerdo.

Y sin perder un minuto, desgarró el famoso memorandum y en vez de enviarlo al correo lo mandó a la papelería en mil pedazos.

En otra ocasión, el Padre vino a Montpellier expresamente para quejarse a un joven sacerdote de gran talento -después llegó a ser un prelado distinguido- de su conducta y de sus palabras en un asunto que atañía a la Santa Sede. Dicho sacerdote, al parecer deslumbrado en algún momento por ciertas promesas o descarriado por pérfidos consejeros, se había alineado del lado de los partidarios del César. Incluso había criticado públicamente

la conducta del clero de Nimes, "arrastrado, había dicho, por el entusiasmo del señor d'Alzon" en la cuestión romana.

Al llegar a Montpellier, el Padre fue primero a casa de un antiguo alumno para descansar unos minutos. Le contó el objeto de su visita.

- Padre, le dijo su antiguo alumno, no se le ocurra; en el estado de irritación en que se encuentran los ánimos, su visita al abate N... causaría más daño que bien.

El Padre se dejó convencer; luego, con su mejor humor dijo:

- ¡Y sin embargo había venido de Nimes solamente para mostrarle al abate N... todo el daño que su comportamiento causa al Papa! ¿He de volver a Nimes sin haberle dicho nada?

- Sí, Padre, al menos por esta vez.

- ¡Entonces vente conmigo hasta la estación!, querido amigo; charlaremos mientras esperamos el primer tren para Nimes.

"El justo que camina en la sencillez dejará tras de sí hijos que serán felices" (Proverbios 20,7). Este no sería probablemente el texto que elegiría un panegirista del Padre d'Alzon. Los que le han conocido íntimamente saben sin embargo que actuaba con el corazón en la mano, con Dios y con los hombres, con sencillez; por eso ha tenido éxito en sus empresas. La fecundidad, en las cosas de Dios, es proporcional a la sencillez.

### **Tres hombres, tres sacerdotes, tres santos**

Entre las gracias que plugo a Dios concederme, coloco entre las más preciosas, la de haber estado en relación con tres hombres fuera de serie: el venerable Juan María Vianney, cura de Ars; Don Juan Bosco y el Padre Manuel d'Alzon.

Relaciono estas tres figuras contemporáneas para compararlas. Estos tres sacerdotes trabajaron por el mismo objetivo, de modo diferente, en diversos campos de la Iglesia de Jesucristo. No intentaron encontrarse en la tierra; cada cual realizó valientemente su obra; cayó luego en el surco en el momento señalado por el Dueño, que los reúne ahora en el reposo eterno.

El Cura de Ars, modelo de humildad, nunca abandonó su modesta parroquia; Don Bosco, ejemplo de dulzura, pasó su vida rodeado de niños; el Padre d'Alzon, cuyo temperamento lo constituía la audacia por el bien, lo ha osado todo, lo ha abrazado todo; ha lanzado hacia Oriente y hacia Occidente las aguerridas legiones de sus hijos.

Las multitudes han corrido a Ars para arracimarse en torno al humilde Juan Vianney; Don Bosco ha recorrido las ciudades y los campos para recoger a los niños y salvarlos; Manuel d'Alzon, con una fuerza y una actividad increíbles, ha extendido las olas de su caridad por los colegios, los alumnados y las misiones lejanas.

Estos hombres han dejado tras sí huellas profundas e imborrables. Son sin duda, y no los únicos, productos del siglo XIX, cuyos nombres venerados atravesarán gloriosamente de generación en generación. He querido reunir a estas tres hermosas personalidades que me ha sido dado estudiar de cerca, para compararlas y llegar a la conclusión de que, aunque diferentes en su expresión, nos presentan cada cual a su manera los rasgos singulares de lo que forma a un hombre, a un sacerdote, a un santo.

### **Corazón noble y generoso**

Un antiguo alumno del Padre d'Alzon, misionero apostólico en un país extranjero pero no de infieles, había realizado una gestión que le había disgustado profundamente. Estaba muy descontento y apenado. Por otra parte, tampoco era la primera vez que esto le acontecía.

Ahora bien, sucedió que poco después de tan enojosa circunstancia, el misionero hubo de venir a Nimes. Escribió, pues, al abate de Cabrières, su camarada y amigo, para anunciarle el día y la hora de su llegada. Pero ignoraba absolutamente cuán irritado estaba el Padre contra él; ni siquiera lo sospechaba.

El abate de Cabrières, a quien encontró al salir de la estación, le dijo tras el primer abrazo:

- Escucha. He venido para avisarte. El Padre d'Alzon está enfadado contigo; esta vez le has ofendido seriamente; ha prometido hablarte severamente en la primera ocasión. Sabe que llegas; prepárate para una recepción fría; acepta la humillación y todo se arreglará.

Tras un largo viaje, recibir una comunicación semejante resultaba más que desagradable, justo en el momento en que la idea de hospedarse en la Asunción le sonreía. Imposible eludir el chaparrón, a menos de no aparecer por el colegio, lo cual hubiera empeorado las cosas. Había que armarse de valor, no sin temblor, contando cada paso que conducía a la presencia del juez en verdad amado, pero temible en aquella hora.

Atravesada la avenida Feuchères; las calles Pradier y Servia quedan atrás. ¡He aquí la puerta de la Asunción! Esta vez se abre pronto, al primer toque de campanilla. Allí, en medio del gran patio, está de pie el Padre y a poca distancia los dos Padres Bailly y el Padre Pernet.

La parábola del hijo pródigo -aunque no se trataba exactamente de lo mismo- acude a la mente del pobre viajero, que sin embargo avanza esforzándose por parecer tranquilo. Pero he aquí que el Padre d'Alzon, apenas lo ha visto, se lanza hacia él con los brazos abiertos:

- ¡Oh!, hijo mío. ¡Ya estás aquí! ¡Qué alegría verte!

Y le abraza tiernamente. El abate de Cabrières, estupefacto, desconcertado ante tan calurosa acogida, se queda mudo de asombro. Sin embargo, él mismo enternecido, sonrío diciendo:

- ¡Padre, esto es una auténtica cobardía de su parte! ¡Después de todo lo que ha dicho, todavía lo recibe así! ¿Estos son los reproches que usted le hace?

- ¿Qué quieres que haga?, respondió el Padre. Me había preparado muy bien; pero luego, al verle, todo se ha derrumbado. No he sido capaz. El corazón ha podido más. ¿Me lo vas a reprochar?

No, claro está, el abate de Cabrières no se lo iba a reprochar; mucho menos quien cuenta esta hermosa escena. Los Agustinos de la Asunción para quienes la escribo tampoco se enfadarán con este tierno recuerdo de su Padre; al contrario, lo aprobarán llenos de admiración, de eso estoy seguro.

### **Una noche de Navidad**

Encuentro en mi *Diario* de antaño algo que me parece ser el resumen más que el texto completo de una exhortación. Debió ser en 1850, en la actual capilla de la Asunción, en la primera Misa de Medianoche celebrada en aquel querido santuario. Era mi último año de colegio. En el momento de la Comunión, tras haber recitado el *Domine, non sum dignus (Señor, no soy digno)* el Padre d'Alzon, manteniendo la Hostia encima del copón, llevado por un irresistible impulso de amor y de fe, nos dirigió estas encendidas palabras:

"¡Helo aquí, mis queridos niños, este Jesús de Nazaret, Hijo de Dios, Hijo de María la Virgen! ¡Helo aquí presente bajo las apariencias de este pan que es su cuerpo y que contiene su sangre, su alma y su divinidad! ¡Aquí está, lleno de vida; sus divinos ojos os miran; su corazón sagrado palpita de amor hacia vosotros! Decidle: "¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de nosotros!" ¿No le oís que os responde en el fondo de vuestra alma: "Qué me pides que hagas por tí"?

Exclamemos: "Señor, no te pedimos que nos ames, eso es ya un hecho; lo has probado derramando por nosotros tu preciosa sangre; lo pruebas además de un modo sensible entregándote a nosotros en la Comunión. Pero, ¡Señor, Salvador, Amigo!, ¡concédenos poderte amar! ¡Dilata nuestro corazón para llenarlo de tí! ¡Sé el comienzo, la prolongación y la consumación de todo en nosotros!" .

¡Ah, queridos niños! ¡Qué inefable misterio contemplamos aquí! ¡En un instante, el Verbo encarnado, el sacerdote que ofrece el sacrificio y vosotros que váis a comulgar, no seremos más que una sola cosa! La vida de Cristo, Hijo de Dios, será nuestra vida; su respiración será nuestra respiración; los latidos de su corazón regularán los latidos del nuestro.

Venid, acercaos, uníos a vuestro Dios. Durante vuestra acción de gracias, decid y repetid esta oración de la Iglesia en la liturgia de la misa: "*A te nunquam separari permittas!* ¡No permitas que me separe de tí!".

¡Quién pudiera describir el ademán del Padre y transmitir el acento penetrante de su voz!

Al hojear mis recuerdos personales, me doy cuenta de que he anotado muchos más sermones, instrucciones y exhortaciones del Padre de lo que creía; porque, durante los largos años de un ministerio laborioso, estos recuerdos han sido para mí un libro sellado, cuyos sellos nunca había roto. Me parece imposible publicarlos como anécdotas. Quizá un día, si Dios quiere, confeccione un libro aparte.

He anotado exclusivamente lo que he escuchado yo mismo.

Monseñor de Montpellier, a quien el Padre colocaba a menudo en un lugar destacado en San Carlos, en Santa Perpetua o en la catedral, para que tomase notas mientras él predicaba, debe tener documentos preciosos.



Espero que haya guardado el elocuente panegírico de las santas Perpetua y Felicidad, al que asistimos juntos en la vieja iglesia, en tiempos de don Goubier, su párroco. Tengo el resumen; Monseñor de Cabrières debe tener el texto completo, que me dejó leer tras haberlo redactado en papel de gran formato.

### **Presentimiento**

En una sencilla nota, sin fecha, el Padre me escribía:

"Mi querido amigo, dile a Monseñor Manning que he creído mi deber presentar la dimisión como Vicario general; es lo que acabo de hacer. Me voy a consagrar enteramente a mi Congregación. Tendré que asumir, pienso, la defensa de las Congregaciones religiosas en Roma, frente a la tendencia de ciertos obispos que temen lo que ellos llaman invadir sus atribuciones y quisieran verlas suprimidas o fusionadas bajo una regla común.

Créeme que si Dios quiere la existencia de Congregaciones diversas, sabrá, mediante acontecimientos imprevistos y que sólo él conduce, llevar a los mismos obispos a defender valientemente, contra los enemigos futuros, a estas mismas Congregaciones de las que les gustaría quizá deshacerse. Quien conduce a la Iglesia es Dios...".

Estas palabras, escritas antes de las leyes que expulsaban a los religiosos, son dignas de retener nuestra atención. Los acontecimientos las han confirmado plenamente.

### **Charanga de la Asunción**

Vuelvo sobre un hecho ya mencionado, con el fin de resaltar la cordura y la severidad del Padre d'Alzon. Tenía el mejor de los corazones: afectuoso, abierto y generoso. Sin embargo, era severo, incluso terrible cuando se trataba de reprimir una falta contra la disciplina, una falta de respeto a un profesor, o sobre todo una falta contra el honor. He aquí un ejemplo:

La vieja Asunción tenía una banda militar en la sección llamada de *los mayores*. No quiero omitir que, de entre los mejores músicos, el mejor era el abate Charles Laurent. Como instrumento se había elegido el fígle alto, de los que lograba sonidos poderosos como el rugido del león, dotado como estaba de potentes pulmones y labios vigorosos. Incluso salía de paseo, ocultando su sotana en medio de los músicos y su tricornio detrás de los figles, pero los niños gritaban:

- Mira, ¡llevan un cura!

Sucedió que un día, aciago en grado superlativo, los artistas de la banda -el abate Charles Laurent no estaba con ellos, por supuesto- fueron acusados de un acto de bajeza, de inconveniencia, incluso de insulto hacia un profesor. Inútil decir en qué consistió el hecho. He de afirmar, sin embargo, que los encausados no tuvieron ninguna mala intención, pese a que las circunstancias se pusieron desgraciadamente en su contra. Los hechos sucedieron en 1849; declaro aún hoy, en 1894, que no éramos culpables.

Sin embargo, la justificación era difícil y terminó haciéndose imposible; había que agachar las orejas y enfrentar la tormenta.

El Padre, tras un discurso de la más aplastante severidad, decretó la disolución de la charanga y condenó a los desventurados músicos a ver sus nombres en tinta roja en el tablero del recibidor. Además, privación de la próxima salida mensual.

Todo se daba menos la culpabilidad; éramos víctimas de un desafortunado error judicial, pero nada faltó al castigo. Fue completo. Sin embargo, nada fue tan profundamente lamentado como el pensamiento de haber apenado al Padre d'Alzon. El resto era poca cosa en comparación; este pensamiento resultaba insoportable al corazón de los alumnos.

Decidimos ir a ver al Padre d'Alzon para decirle francamente que se aceptaba de buena gana el castigo pero se le suplicaba devolver su afecto a los que le pedían perdón por haber, *a su pesar*, afligido su corazón. Este *a su pesar* lo estropeó todo.

El alumno H.-D. G..., encargado de ser el portavoz, cometió la malhadada imprudencia de insertarlo en su discursito y la jornada fue un desastre.

La delegación encontró al Padre sentado en la biblioteca de los profesores. No se levantó; se incorporó en su sillón, ojo llameante: signos precursores de una tormenta formidable. Viendo esto, el orador perdió la compostura, empezó a tartamudear, finalmente como pudo llegó a su *a su pesar*. El efecto fue rápido como el rayo:

-¿*A su pesar*? dijo el Padre, interrumpiéndole, ¿*a su pesar*, osas decir? ¡Mira a estos inocentes que primero pegan y luego vienen diciendo que sólo querían acariciar! Señores, vuestra conducta ha sido de lo más desafortunada; habéis faltado al respeto, a la caridad, al honor. ¡En el discurso, mal preparado, que acabo de escuchar, hay casi tantas expresiones inexactas como antaño notas falsas en vuestra música! ¡Id!, no es con palabras, sobre todo mal redactadas, como vais a reparar, sino con una conducta en adelante ejemplar. ¡Salid!

Cada palabra penetraba en el alma como un dardo. ¡Qué desastre! Nos retiramos las orejas gachas y derretido el corazón.

¡Pues bien! el Padre terminó haciéndonos olvidar su severidad y dándonos muestras del más delicado afecto.

Siguió sin embargo convencido de la culpabilidad de los acusados hasta 1859. Durante ese año, encontrándose en Montpellier en casa del infortunado abogado de la charanga, ahora sacerdote, abrió sus oídos a las explicaciones esta vez más lúcidas y más calmadas. Se rindió a la evidencia exclamando:

- ¿Por qué no me lo expusiste así la primera vez? ¿Qué pretendías con aquel *a su pesar*? En fin, más vale tarde que nunca.

### **En torno a un cántaro**

Le escuché al Padre en persona el siguiente relato de costumbres.

En Lavagnac, cerca de la granja, había un viejo establo que había sido acondicionado, blanqueado con cal y luego llenado de paja para que sirviera de refugio por las noches a los pobres mendigos.

El Padre tuvo un día la curiosidad de observar sin ser visto la conducta de aquellos pobres durante la comida que les servían. Ahora bien, sucedió aquel día que los pobres (sólo hombres, ya que las mujeres tenían un refugio separado), habían encontrado entre la paja un cántaro de barro, olvidado sin duda por algún viajero. El que lo había visto primero lo reclamaba; el que lo había recogido defendía que era suyo. Se armó una gran disputa; se llegó a los puños; luego, en un momento de calma, el más viejo de la banda expuso que, habiendo sido encontrado el jarro en un lugar común, pertenecía a todos y había que repartirlo. ¿Repartir un cántaro, cómo hacerlo? Se puso a votación; los votos se inclinaron por el reparto. El cántaro colocado en el centro de los pretendientes fue roto a bastonazos y todo el que quiso pudo quedarse con algún trozo. Así se restableció la concordia.

- He ahí, decía el Padre, una regla de sociedad que da que pensar, como la de *la ostra y los litigantes*.

### **Navegante audaz**

Durante una estación de Cuaresma que predicaba yo en la diócesis de Nimes, en Sommières, el señor canónigo Rédier, antiguo secretario general del obispado, me enseñó una carta de Monseñor Cart, fechada en Toulouse, en la que se encontraban estas palabras:

"El abate d'Alzon acaba de escribirme desde Lavagnac diciéndome que se aburre de no hacer nada, que va a volver a Nimes para poner por obra ciertos proyectos que ha meditado durante su reposo. ¡Querido amigo, recemos a Dios! Nos va a llegar con alguna nueva obra que fundar, se va a lanzar a ello con su fogosidad de siempre; se nos acabó la tranquilidad para mucho tiempo; lo va a remover todo".

Monseñor de Cabrières, en su magnífico discurso para las fiestas del cincuentenario de la Asunción, ha pintado con tanto acierto el carácter del obispo y el de su Vicario general, que voy a citar un párrafo notable:

"Monseñor Cart... había adquirido por virtud ciertos hábitos de suavidad y moderación que contrastaban con la vivacidad impetuosa y la ardorosa temeridad de su joven Vicario general. Ambos querían el bien, pero no siempre lo buscaban por los mismos caminos; así, a veces, como un corcel impaciente por devorar el espacio y babeando bajo la mano que lo conduce, Manuel d'Alzon se quejaba de las riendas, ligeras y flojas sin embargo, mediante las que el obispo trataba de retenerlo y calmarlo".

Está admirablemente expresado. Monseñor de Cabrières tiene mucho de Monseñor Cart; en expresión del Padre Edmond, es un *dulcissimus Emmanuelis filius*. Sin embargo, el ardor del Padre d'Alzon no era ni efervescente, ni temerario, ni irreflexivo. Con riendas sueltas o con riendas tirantes, no dejaba de devorar el

espacio, pero sólo cuando veía un bien que hacer o una meta que alcanzar para conseguirlo. Monseñor Cart tenía la suavidad de un san Francisco de Sales; a menudo era demasiado tímido. El Vicario general tenía, por fortuna, fuego y audacia, ¡y bendito sea Dios! Los amigos bien intencionados pero timoratos ¡no consiguieron moderar su empuje, ni extinguir su ardor! Si hubiera seguido los consejos de ciertas personas buenas, abnegadas, pero temerosas, no tendríamos ni a los Agustinos de la Asunción, ni a las Oblatas, ni a las Hermanitas, ni los Alumnados, ni tantas otras instituciones cuyos orígenes han sido tachados de temeridad e incluso de locura. El Padre había lanzado su barquichuela sobre las olas agitadas por vientos contrarios. No lo había hecho sin meditar seriamente, sin consultar la voluntad de Dios, estrella que siempre guió sus movimientos. Pero una vez convencido de que había que navegar mar adentro, saltaba valientemente sobre las olas, manteniendo la proa enfilada hacia la meta; sólo se detenía cuando el vigía a bordo gritaba "¡tierra!, ¡tierra!". ¡Sentía entonces que había acostado en el muelle!

### **Hijo pródigo**

El señor abate de Chareire, de la diócesis de Mende, había venido a pasar unos días en la Asunción con el Padre que era su amigo.

Le pidieron que predicara a los alumnos un sábado después de las letanías. Aceptada la propuesta, el tema del sermón fue la parábola del Hijo pródigo.

El tema fue admirablemente expuesto, con sencillez de estilo y sobre todo con emoción. Era como si el relato evangélico fuera actualizado en un drama moderno. Los personajes eran los mismos, pero al hacerlos actuar y hablar, el orador parecía tener en mente a ciertas personas conocidas suyas. La partida, la permanencia y el regreso estaban conformes con el relato inspirado de san Lucas; y sin embargo, muchos detalles se parecían curiosamente a escenas sacadas de la sociedad del siglo XIX.

El discurso resultó interesante en grado sumo; se habló de ello entre los alumnos de todos los cursos. El Padre d'Alzon lo había escuchado desde el coro del órgano.

Al sábado siguiente, hubo intercambio de roles; el abate de Chareire estaba arriba, el Padre abajo: el primero escuchaba, el otro predicaba.

Los alumnos esperaban que se aludiera al sermón del Hijo pródigo. No iban descaminados.

"El pasado sábado, dijo el Padre, escuchasteis un discurso que nos interesó a todos profundamente. Sin embargo, tras haber buscado durante ocho días me parece que no habéis dado con la clave para comprender ciertas alusiones que os han intrigado. Os daré la clave. Pido para ello permiso al abate de Chareire, que está allá arriba en el coro, donde estaba yo mientras él predicaba.

Escuchadme: El pródigo que os pintó tan vivamente, abandonó la casa paterna sin pedir su parte de la herencia. Su madre aún vivía y el padre no era hombre de dividir su hacienda antes de tiempo. Tomó sin embargo una suma bastante considerable, que sacó en parte de la madre y de una o dos tías. Así pertrechado se fue *in regionem longinquam* (a una región lejana), hablando en sentido moral; porque de hecho, no fue más allá de París. Para él no hubo ni granja, ni cerdos, ni bellotas.

No obstante, el pobre hijo estaba muy lejos, muy lejos de Dios y de su fe. Su madre y su padre rezaban y hacían rezar por él.

Un día, como por distracción, entró en una iglesia. Algo le impresionó; quedó transformado; se trataba del *in se reversus* (volvió en sí mismo), seguido del *surgam!* (¡me levantaré!). Se levantó, efectivamente; y para ponerse bien en pie, se fue al confesonario, donde con mano vigorosa lavó toda su ropa sucia. Salió limpio, fresco y presentable a los ojos de Dios como a los de los suyos.

Volvió donde su padre, con gran alegría para todos; no mataron el ternero cebado, ya que el día en que llamó a la puerta daba la casualidad que era viernes, me lo han asegurado. No hizo falta vestirlo con un traje de fiesta; su alma estaba vestida de blanco por la absolución recibida tras un sincero arrepentimiento; su cuerpo no necesitaba sedas ni bordados, ya que tomó la resolución de vestir la sotana, lo que hizo efectivamente poco después.

En cuanto al calzado, eligió zapatos de hebilla; en cuanto al anillo, trataron una vez pero en vano de ponerle el anillo episcopal, siempre lo ha rechazado.

He aquí el resumen del sermón; para tener la clave, ahora, mirad allá arriba hacia aquel digno sacerdote, el señor abate de Chareire; él es el pródigo, cuyo retrato os ha trazado con mano maestra".

### **Mirada de águila**

El Padre d'Alzon tenía unos ojos muy bonitos: de un castaño casi negro, vivos y penetrantes, pequeños sin exageración y ligeramente hundidos. Dicen de León XIII que su ojo fija y penetra; cuando se le habla parece sondear hasta los pliegues más profundos del alma; si os dirige la palabra, os fascina y os mantiene bajo un encanto irresistible. Estos rasgos se aplican sin exageración al Padre d'Alzon. Cuando predicaba, sobre todo cuando se animaba, se los veía saltar como relámpagos; cuando había de dirigir algún reproche severo, el destinatario se sentía atravesado de parte a parte. En conversación, parecía adivinar con la mirada todo lo que tu pensamiento encerraba; ejercía así una influencia prodigiosa en las almas y en los corazones. Bajo el fuego de aquellos ojos uno se sentía subyugado, vencido, reducido a la impotencia; le pertenecías, era dueño de ti, uno se sentía adivinado a fondo.

Se trataba realmente de aquella palabra del Evangelio que nos describe la mirada del divino Maestro. Cuando Simón le fue presentado, le contempló antes de hablar: *intuitus autem eum Iesus (fijando su mirada en él)* (Juan 1, 42). Cuando alguien le pregunta sinceramente qué debe hacer para conseguir la vida eterna, el Maestro le fija con su mirada, le adivina y le ama: *intuitus eum, dilexit eum (fijando en él su mirada, le amó)* (Marcos 10, 21). Y también en la memorable circunstancia de la caída de Pedro, nos recuerda la mirada de Jesús, rápida, pero de una fuerza tal que el alma del apóstol culpable queda atravesada: *et conversus Dominus respexit Petrum... et egressus foras Petrus flevit amare (y el Señor se volvió y miró a Pedro... y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente)* (Lucas 22, 61-62).

¿Qué pintor genial, y más que nada hombre de fe, nos mostrará un día el rostro de Jesucristo con la auténtica expresión de sus ojos divinos en las escenas memorables que acabamos de evocar?

Los santos han sido dotados de un prodigioso poder en su mirada. Quienes hayan visto de cerca al venerable Cura de Ars y a Don Bosco no pueden haber olvidado la fuerza penetrante de los ojos del primero, ni la dulzura impresionante de los del fundador de los salesianos. La música hace experimentar emociones realmente indecibles, que la palabra articulada no es capaz de expresar ni suscitar; la mirada tiene un lenguaje más elocuente y más subyugador que el verbo. Los ojos del Padre d'Alzon, profundos y expresivos, parecían en ciertos momentos lanzar llamas; atravesaban a veces como una espada. Tenían la fuerza del imán, porque atraían tu alma hacia él; te influenciaban luego tan poderosamente, que su alma parecía pasar a la tuya. Su expresión habitual era la suma del reflejo de un espíritu superior unido al de un corazón que ama en grado superlativo.

### **Libros prohibidos**

Hablando de un hombre con criterio tan amplio para ver las cosas, puede parecer extraño decir que el Padre d'Alzon era severo en la elección de los libros de lectura e incluso estricto y escrupuloso.

Me pedía un informe detallado de mis lecturas. Se reservaba el derecho de darme los libros de lecturas especiales. Así, durante las vacaciones me prestaba un volumen de su hermosa edición de Bourdaloue y después me pedía un análisis oral de los sermones que me habían llamado la atención. Gradualmente me hizo leer las obras completas de ese gran predicador.

Todavía era yo alumno, cuando un día en Montpellier el Padre vino a sorprenderme en mi pequeña habitación. Vio sobre mi mesa *Los Mártires* de Chateaubriand:

- ¿Qué haces con ese libro?

- Voy a leerlo.

- ¿Quién te dio permiso?

- El abate O..., coadjutor de la parroquia, me lo ha prestado.

- ¿Tienes un poco de hilo?

- Aquí tiene.

Se puso entonces a amarrar un fajo de páginas y luego me dijo:

- Lee, pero salta las páginas que he marcado.

Se trataba del episodio de Veleda.

- Me pone usted Padre ante una terrible tentación. El interés de la narración, la curiosidad y pienso que también "el impulso de algún demonio", me pueden llevar a cortar el hilo y saltar la barrera. Prefiero devolver el libro sin leerlo.

- Es precisamente a donde yo quería llegar, mi querido amigo; devuelve ese libro. Ese sacerdote joven no debió prestártelo; puedes decírselo de mi parte.

Cuando ya era yo sacerdote, coadjutor o capellán, cada vez que el Padre venía a visitarme, examinaba mi biblioteca. Por cierto que un día, habiendo descubierto un magnífico Breviario *in totum*, encuadernado a lomo partido, en marroquinería de Oriente, color Lavallière<sup>1</sup>, con letras repujadas, que acababa de recibir de París, se entusiasmó con él. Me ofreció cambiármelo por el suyo: ¡un *Totum* de Malinas, mal encuadernado, mal rotulado, pesado y grueso, que para colmo había sido forrado por una religiosa con un forro negro de terciopelo, provisto de un broche!

Me dejó semejante adefesio y tomó sonriendo de gusto mi pequeña obra maestra de encuadernación. Desgraciadamente, poco después, en Nimes, vi mi Breviario en manos del abate B..., que había sabido hacérselo regalar. Todo esto queda lejos, muy lejos. No le guardo rencor a nadie, al Padre menos que a nadie.

He de mencionar que el célebre señor Martín d'Agde, cura de San Denis en Montpellier, a quien conté la aventura de mi Breviario, me suplicó que le regalara el libro que el Padre me había dejado a cambio.

- Le asignaré un sitio de honor en mi biblioteca, dijo. Un Breviario del que se haya servido el Padre d'Alzon es una reliquia.

Cedí el libro al señor Martín.

### Seamos ahorrativos

Al Padre le daban repentinos ataques de economía. Sólo se trataba de una breve crisis, muy breve. Ejemplos:

Cuando vino a Montpellier para presentar su candidatura al Consejo general, se alojó en primer lugar en el hotel Nevet. Era el epicentro de las reuniones de sus adversarios. Me mandó recado para que fuera a verlo. Cuando llegué me pidió que le hiciera un servicio:

- Mi vista se debilita; lo noto sobre todo cuando escribo. Te ruego que vayas y me consigas un par de anteojos.

Explicué el estado de sus ojos a un óptico experto y le compré los mejores cristales y la mejor montura. Cuando se los probó, se mostró plenamente satisfecho.

- ¿Cuánto has pagado por estos anteojos?

Si mal no recuerdo, creo que había pagado unos veinte o veinticinco francos.

- ¡Desventurado!, exclamó el Padre, ¿veinticinco francos por un par de gafas para mí? Vete inmediatamente y cámbialas por algo más barato.

- No haré tal; los vidrios son de primera calidad y la montura es de baquelita; es lo que necesita.

Aceptó por fin quedarse con ellas cuando le hube probado, bien o mal, que en esto no había nada contra la pobreza religiosa, ya que no había ni un tornillo de oro; sólo se trataba de plata vulgar y corriente, etc.

Algunos días más tarde el Padre almorzó en mi casa. Le comuniqué que una buena persona que había servido como criado en la granja de Lavagnac vendría a verle para pedirle un servicio.

- Padre, le dará usted cinco francos, es todo lo que desea.

- ¿Cinco francos? Le daré veinte céntimos, tengo que hacer grandes ahorros, no puedo darle más.

Después del almuerzo llegó el buen hombre y le dejé a solas con el Padre, que le recibió muy bien, como de costumbre. Cuando salía le dije:

- Le ha dado algo, estoy seguro. Quizá no tanto como esperaba, porque tiene grandes gastos en estos momentos.

El buen hombre abrió la mano sonriendo. ¡Tenía un hermoso y brillante luis de oro de veinte francos!

¡El Padre sabía colocar sus fondos en un banco que no teme las quiebras ni las revoluciones; habrá encontrado allá arriba el capital con sus intereses acumulados y con las bendiciones de cuantos disfrutaron de su liberalidad!

---

<sup>1</sup> *Lavallière*: color de hoja seca; el marroquín o cuero lavallière se emplea en la encuadernación de libros valiosos (nota del traductor).

### **Angeles adoradores**

He oído contar cierta historia que me permito la osadía de insertar aquí. Sin embargo, hay que tomarla por el buen lado, sonriendo y viendo en ella el buen talante que el Padre ponía en ello, y el excelente humor con que la broma era acogida.

En la iglesia de cierta parroquia de la diócesis de Nimes había, y probablemente hay todavía, dos ángeles adoradores colocados en el altar mayor, a ambos lados del sagrario. He aquí su respectiva postura: el de la derecha, de rodillas, las manos juntas, inclina la cabeza hacia la derecha y mira hacia lo alto de un modo particular. El otro, también de rodillas, se inclina, mira hacia abajo, parece dejar caer los brazos, que mantiene abiertos con las manos extendidas.

El buen párroco de entonces -ya hace de eso mucho tiempo- preguntó un día al Padre qué podían significar tales ademanes. El Padre respondió sin titubeos:

- Es muy sencillo: el de la derecha mira hacia arriba y sacude sus manos juntas diciendo: "¡Dios mío, qué t... es nuestro párroco!". El de la izquierda responde inclinándose, con los brazos abiertos y con aire desesperado y resignado: "¿Y qué que quieres que haga yo?".

Pido a los lectores que se rían como lo hicieron el Padre y el buen párroco; dos buenos y fieles amigos que se querían lo suficiente para poder bromear así entre ellos.

### **¡Sólo Dios!**

Al enterarme por el abate de Cabrières de la muerte de la señora de Puysegur, le escribí al Padre. Me respondió:

"Mi querido amigo, tu carta me ha hecho auténtico bien. Tienes razón, hemos de estar unidos en las alegrías y sobre todo en las penas, nosotros sacerdotes que tenemos el consuelo de subir al altar por los vivos y por los difuntos.

¡Que Dios me conceda una santa muerte como la de los míos a quienes he cerrado los ojos! A medida que el vacío se agranda a mi alrededor, me uno más firmemente a Nuestro Señor y a las obras que se ha dignado confiarme. Amigo mío, sólo él permanece el mismo cerca de nosotros en el tiempo; no varía ni en presencia ni en amor. Permanezcámosle fieles para encontrarle y no abandonarle ya nunca más en la eternidad, donde será nuestra recompensa y nuestra alegría. *¡Oh, sursum corda!*

Me das muchas ganas de ir a verte a Inglaterra. Dios te ha tratado como a un niño mimado llamándote a trabajar en un país en que hay tanto bien que hacer. ¡Aquí, vemos formarse tormentas en el horizonte; se avecinan grandes sufrimientos, pero Dios y su Iglesia están ahí!

Adiós, querido amigo, escíbeme a menudo y puedes estar seguro de mi inalterable afecto en Nuestro Señor".

Esta carta no lleva fecha; sólo se lee como encabezamiento: "Lavagnac, jueves".

### **Cruz de honor**

El Padre d'Alzon no rechazó la cruz de la Legión de Honor; la evitó. He aquí el modo:

Cuando Luis-Napoleón, por entonces príncipe presidente, vino a Nimes, en 1852, colocó la primera piedra de la iglesia de Santa Perpetua. Había decidido aprovechar la ocasión para condecorar al abate d'Alzon y al párroco de la parroquia, don Goubier. El Padre habiéndose enterado, abandonó la ciudad la antevíspera del día de la ceremonia y volvió después de la partida del príncipe. Era entonces miembro del Consejo Superior de la Instrucción Pública; pero muy pronto un decreto borró su nombre de la lista del areópago universitario.

Pocos días antes del decreto, el cardenal Matthieu, arzobispo de Besançon, escribiéndole para pedirle un favor, terminaba su carta con esta frase: "Con todo lo cardenal que soy, ya ve que me presento ante usted sin ropaje alguno; ¡usted es quien tiene el cetro universitario!". Esta carta del cardenal es una de las pocas que escaparon de la pira en la que el Padre inmoló toda su preciosa correspondencia, al mismo tiempo que las voluminosas notas cuya pérdida es, por desgracia, irreparable.

### **Conversación íntima**

En 1858, era yo coadjutor en la catedral de Montpellier. El Padre d'Alzon vino un día a darme una sorpresa. Siempre era bienvenido, por supuesto.

Encuentro en mi diario el relato de la conversación que allí tuvo lugar entre el Padre y yo. He vacilado antes de darla a *Souvenirs* debido a su carácter íntimo. Pero al fin y al cabo escribo para hermanos; ¿por qué dudar en decir, en la intimidad de la familia, cosas que no desvelaría delante de extraños? Experimento una fuerte repugnancia en ponerme en evidencia, pero ¿cómo evitarlo cuando he de contar recuerdos personales? ¿Quién más puede contar lo que sólo yo sé? Entremos, pues, valientemente en materia:

Al entrar en mi habitación, el Padre me encontró ocupado leyendo un libro.

- ¿Qué libro es éste?, me dijo.

- *La mística* de Görres.

- ¿Qué buscas en ese libro?

- Evidentemente, el arte del discernimiento de espíritus, ya que este libro trata del espiritualismo y de las manifestaciones diabólicas.

- Eres un gran original.

- No es extraño, ya que tengo el honor de ser su discípulo.

- Tienes el don de la impertinencia.

- Usted, Padre, me ha dicho algunas veces que tengo el espíritu de la Asunción.

En esto nos dio un ataque de risa; la conversación quedó suspendida para dar lugar a la hilaridad más sincera.

- Siempre quieres tener la última palabra, me dijo el Padre. Muy bien, quédate con ella, te la cedo. He venido para pedirte un servicio. Enséñame a rezar el Rosario.

- ¿A usted?

- Sí, a mí. Tienes un método que quiero adoptar. Escríbeme la fórmula en un trozo de papel y enséñame la manera de servirme de ella.

El método, hoy muy conocido, lo había aprendido del Padre Corail y consiste en intercalar la mención del misterio correspondiente en el *Ave María*. Por ejemplo, para el primer misterio gozoso, se dice: *Ave María... benedictus fructus ventris tui Iesus, quem virgo concepisti... Sancta Maria... (Dios te salve, María... bendito es el fruto de tu vientre, Jesús, a quien siendo virgen concebiste... Santa María...)*. Todo el mundo lo sabe hoy día.

### **Carta misteriosa**

Mientras era alumno de la Asunción, leía yo un día, a la sombra de una morera del gran patio, una carta cuya lectura me absorbía. El Padre d'Alzon pasó cerca de mí. Al primer vistazo reconoció la escritura; se paró de repente.

- Conozco esa letra de lejos, dijo, ¿de dónde viene ese papel?

Era una carta del famoso abate de Lamennais, de fecha muy reciente. No me estaba dirigida, me había sido comunicada; como aquella tenía varias más. ¿De dónde me venía aquella comunicación? No he de decirlo aquí.

El Padre entró en su despacho sin añadir una palabra. Observé sin embargo que parecía preocupado. En efecto, aquella misma tarde, durante el tiempo de estudio, me mandó llamar.

- La carta que estabas leyendo, me dijo, es del abate de Lamennais. ¿Te estaba dirigida?

- No.

- ¿Quién te la ha dado a leer?

- No lo puedo decir, he empeñado mi palabra.

- En ese caso no insistiré. ¿Has visto otras cartas?

- Sí, varias.

- ¿Las tienes?

- No, pero me han autorizado a copiar algunos pasajes.

- ¿Tendrás inconveniente en mostrarme esos extractos?

- Creo poder dejarle leer la carta que ha visto entre mis manos. Sólo deseo que la comunicación sea confidencial.

- Te lo prometo. Has de saber, sin embargo, que creo saber de dónde te han llegado esas cartas.

En 1894 -ya puedo hablar de ello sin indiscreción- la carta (la última que me fue dado leer) reprochaba a su corresponsal el haber puesto su confianza incluso en un amigo. Decía: "Cuando se es joven, se experimenta la

tentación de la confidencia; gusta volcar el propio corazón en el de otro. ¡Pero qué raro es encontrar un amigo fiel! Cuando la juventud ha visto refluir la última ola, uno se encuentra a menudo solo sobre la arena húmeda. En medio de la multitud entre la que mi vida se ha agitado, he aprendido a mantenerme en guardia frente a todos. Esta desconfianza ha sido penosa, pero las decepciones la han sembrado en mi alma...". También se leía esta frase notable: "Me preguntas si soy el autor de un panfleto titulado: *¡No más Tiara!* No, no lo soy. No lo leas; no, no lo leas". Cuando apareció el escrito anónimo, todo el mundo lo atribuyó al señor de Lamennais.

Ante esta última frase dijo el Padre:

- No, el señor de Lamennais no ha escrito tal panfleto. ¿Lo has leído?
- No.
- ¿Sabes quién es el autor?
- No.
- Prométeme no hablar de estas cartas en el colegio.
- Se lo prometo.

El señor de Lamennais conocía al autor del panfleto. Lo sé por el propio autor; publicó aquel escrito en un momento en que el fuego de la juventud le había conducido lejos de la Iglesia. Volvió hacia la Madre con el arrepentimiento en el alma; consagró los años de su madurez y de su vejez a la defensa y glorificación del Papado. Cuantos han tenido la fortuna de conocerlo han visto en él al tipo del católico ferviente, entregado en todo al Padre d'Alzon y a la Asunción. Original, lleno de buen humor y de verba, su silueta sigue viva en más de una generación de Asuncionistas. Se trataba del querido y venerado señor Allemand, cuyos restos descansan en el cementerio de San Baudilio, en la tumba que habíamos construido a medias, para depositar en ella a los que nos eran más queridos.

Encontrarán entre los papeles del Padre Alexis el original del Breve pontificio, solicitado por el señor Allemand, concediéndole con paternal perdón la bendición apostólica de Pío IX.

Durante los últimos años de su vida, este venerable amigo me escribía a menudo. Más de una vez me manifestó el deseo de que su error fuera divulgado, para que el ejemplo de su retorno sincero y leal sirviera de ejemplo a otros. La reparación ha sido prolongada y generosa; lo sabemos, nosotros a quienes tanto ha edificado.

En otra serie de *Anécdotas* habré de hablar ampliamente del Padre Ventura, dando detalles sobre sus relaciones con el Padre d'Alzon, lo que me obligará a volver sobre el señor de Lamennais.

### Lección de etiqueta

En 1848, fue proclamada la República. La *Marsellesa* se añadió a los cilindros de los organillos callejeros, los bonetes rojos se pusieron de moda y más de una cabeza perdió uno o varios "círculos", como dicen en el Mediodía.

H. R..., de Clermont-l'Hérault, a quien llamábamos *le bon roi (el rey bueno)*, alma simple y cándida como no hubo otra, se dejó llevar por la corriente general. Se imaginó, en su inocencia, que habiendo cambiado el Gobierno, las antiguas costumbres, así como la vieja etiqueta, quedaban abolidas *de jure*.

Estaba en casa de su padre tomando unas breves vacaciones tras una enfermedad, cuando escribió al Padre d'Alzon, comenzando su carta con estas palabras: *Señor Alzon...*, y luego como dirección: *Al Señor abate Alzon*, etc.

Se le pasaban muchas al buen rey, pero lo de quitar la *de* al apellido del abate d'Alzon, director de un colegio cuya inmensa mayoría de alumnos pertenecía a la nobleza, era demasiado.

El Padre tomó las cosas con muy buen humor; leyó la carta públicamente, en el orden del día, añadiendo la siguiente reflexión:

- Mi padre se llama *d'Alzon*, lo mismo que el honorable padre de H. R... se llama M. R... He ahí por qué yo soy Emmanuel d'Alzon como mi corresponsal es H. R... Antiguamente se decía en Francia que el rey era la fuente de toda nobleza; pero *el rey bueno* de la Asunción se atribuye, al parecer, el derecho de abolir la nobleza. Se torna impertinente sin darse cuenta. Habrá que tener cuidado, ¡no sea que se ponga a soñar que es un Danton o un Robespierre! Ruego a los alumnos de su clase que le envíen una carta colectiva, moderada y afectuosa, para devolverle a las filas del sentido común de las que se ha extraviado. Y decidle esto: no podemos escribir "Querido *de R...*"; pero así como la ausencia de esta pequeña partícula en nada disminuye la estima en que le tenemos, así la presencia de tal partícula delante del apellido del señor abate d'Alzon, o de quienquiera que tenga



derecho a emplearla, no debería llevarle a olvidar las leyes de la decencia y del respeto que debe a cualquier mortal que lleva honradamente el apellido que ha recibido de su padre.

El pobre *rey bueno* se apresuró a reparar su error. Más tarde llegó a ser el abate H. R..., párroco en la diócesis de Montpellier. Su celo, su piedad, su gran caridad le granjearon el cariño de su pueblo. Murió joven; su corta vida fue fecunda en buenas obras; ha dejado tras de sí la memoria de un buen y santo sacerdote.

### **Camisa y marmota**

Hace ya tiempo, mucho tiempo de esto; era yo entonces novato e ingenuo como José: "Era yo sencillo como en la juventud". He aquí una historia que hizo reír mucho al Padre y que me la recordaba todavía cuando yo era cura, incluso canónigo.

Estaba yo de vacaciones en Montpellier. El Padre me escribió desde Lavagnac:

"Querido hijo, gracias por tu carta que acaba de llegarme. Guardo todas tus cartas en *un pliegue de camisa* que les he reservado. Cardenne está aquí conmigo; pasado mañana salimos de Lavagnac. Ven a cenar con nosotros al Hotel Londres, a las cinco. Pero antes reserva para nosotros dos pasajes de cupé o de interior para El Vigán. Paga la cuenta y te lo reembolsaré cuando nos veamos. El que te lleve esta nota te entregará mi *marmota*. Cúdalas bien; me la llevas al hotel. Te abrazo con el pensamiento a la espera de poder hacerlo en persona y de todo corazón pasado mañana".

Todas las plazas estaban ocupadas salvo en la imperial. Tuvieron que viajar en la imperial para El Vigán. La misma *imperial* que R. de R..., de la clase de los pequeños en el colegio de la Asunción, había puesto como traducción de *Summa diligentia (con la mayor diligencia)* de un viaje de César a Roma. Pero eso no era lo peor. Estaba yo intrigado por la carta del Padre: *¡pliegue de camisa y marmota!* ¿Por qué guardaba mis cartas en una camisa? ¿Sería una prueba de cariño? Ahora sé a qué atenerme. Lo aprendí a mi costa cuando osé pedir explicaciones al Padre. ¡Y además el Víctor Cardenne! ¡Lo que se rió! ¡Lo que se rió de mí! ¡Con qué sarcasmo ridiculizó mi simpleza!

Por desgracia, eso no fue todo; ¡quedaba aún la famosa *marmota!* Me habían entregado una hermosa caja cuadrada, forrada en cuero verde, con refuerzos de cobre dorado. Dos correas la cerraban; tenía una cerradura cuya llave no me dieron.

La caja pesaba; la *marmota* debía ser un animal respetable. Pero, ¿cómo darle de comer y de beber, etc?

Por fortuna conocía lo suficiente de historia natural para acordarme de que las marmotas duermen durante varios meses al año; pero eso es en tierra o en un tronco de árbol. De todos modos, ¿qué idea tenía el Padre d'Alzon para cargar con un animal semejante? ¿Qué iría a hacer?

A las cinco estaba en el Hotel Londres, donde ya habían llegado el Padre y el señor Cardenne. Después del bochornoso incidente de la *camisa*, con toda mi candidez y confusión, entregué la caja de cuero.

- Como no tenía la llave no he podido darle de comer.

- ¿Darle de comer?, dijo el Padre, ¿a quién?

- A la marmota.

- ¿Qué marmota?

- A la que está en la caja.

El Padre y Víctor Cardenne comprendieron inmediatamente la situación. Casi se mueren de risa. Abierta la caja, apareció lo necesario para dormir, por supuesto, y nada más.

Hace mucho de aquello, mucho tiempo, y mientras escribo este relato, aún me parece que estoy tan avergonzado como entonces. ¡Imaginaos! Incluso en 1879 el Padre me escribía a Inglaterra, con cierto retintín: "¿Hay marmotas en Devonshire? ¿Te has enterado de que las *camisas* de antaño se llaman ahora *carteras*? ¿Dónde guardas mis cartas?".

Los lectores de *Souvenirs* me dirán: "¿Por qué contar estas historias?". Me guardaría mucho de contarlas a lo que llaman el gran público. No son para él. Son exclusivamente para la familia. Admitiréis que estos detalles íntimos parecen colocar en plena vida a nuestro Padre muerto. Ésa es al menos mi opinión. ¿No la compartís, hermanos queridos? ¿No habéis tenido vosotros, en una u otra forma, alguna *camisa* o alguna *marmota*? Saco de

mi diario a diestro y siniestro, porque lo que pretendo es conversar con vosotros en total y confiado abandono. ¡Tengo tantas cosas que decir! ¿Habrá alguna censura en los *Souvenirs*?

### **Franqueza de gentilhomme**

Un gobernador departamental del Imperio le formulaba un día ciertas amenazas, suavizadas sin embargo mediante algunas consideraciones halagadoras como las siguientes:

- Usted es un hombre distinguido, un sacerdote muy rico e influyente, el Gobierno tiene puestos los ojos en usted; su puesto está entre las filas del episcopado francés.

El Padre respondió:

- Señor Gobernador, no deseo el episcopado; lo único que deseo es continuar mis obras en paz, con toda libertad. Usted me hace un favor diciendo que soy rico e influyente. Le declaro francamente que si el Gobierno entorpece mis obras y me impide consagrarles mi fortuna y mi actividad, me serviré de mi fortuna y de mi influencia para hacerle la guerra al Gobierno. ¡Escoja!

Estas valerosas palabras las escuché de los propios labios del Padre, mientras viajábamos juntos entre Nîmes y Montpellier. No precisaré la fecha, pues no está marcada en mis notas, escritas en una hoja suelta y seguramente en cuanto dejé al Padre, llegados a Montpellier. Debía ser antes de 1860.

### **En peregrinación**

Los Agustinos de la Asunción tienen una predilección muy marcada por las peregrinaciones, se trata de una herencia de familia; les viene de su intrépido fundador.

En 1849, durante las vacaciones escolares, el Padre d'Alzon organizó una peregrinación a Nuestra Señora de Rochefort. Se puso a la cabeza de un grupo integrado por los señores Jules Monnier, Víctor Cardenne, L. Ferry, E. Légier, el abate Blanchet y el alumno H.-D. G... El señor Germer-Durand había debido ir a Uzès, desde donde se dirigió a Rochefort y llegó al mismo tiempo que los demás.

A las tres de la tarde recitamos las oraciones del peregrino en la capilla de la Asunción, luego nos pusimos en marcha, ágiles de pies y con el corazón lleno de entusiasmo. ¿Pies ágiles? El Padre no caminaba, corría; antes de llegar al albergue de Lafoux, donde debíamos cenar y dormir algunas horas, estábamos literalmente reventados, después de una caminata a marcha forzada. De hecho, para algunos la cena les resultó cara, dos de ellos "devolvieron hasta la papilla".

El número de habitaciones disponibles en el albergue de carretera no era suficiente; el Padre tomó consigo en su habitación al "alumno peregrino". Entonces tuvo lugar una escena que ya conté en otra parte. El alumno hubo de ocupar la cama; el Padre, con un tono de autoridad que no admitía réplica, le obligó a obedecer; él se contentó con un pie de cama, un viejo cojín y una manta, el todo llevado al otro extremo de la habitación.

Tras una breve oración, el Padre puso en hora su gran despertador, a las tres de la mañana, dio las buenas noches "a su pequeño pachá" acostado en el colchón y se dispuso a dormir lo mejor que pudo.

Detalle curioso, este despertador de plata, hecho expresamente de acuerdo a un boceto y a petición de un donante, llevaba artísticamente grabada en el dorso la imagen de la Inmaculada Concepción. El Padre presumía de ello, lo que no le impidió, poco después de esta peregrinación, regalárselo a un profesor del colegio, el abate Pradelles. Para sí mismo no guardaba más que las preocupaciones.

A las tres y media, en ayunas, atravesábamos el río Gardón y emprendíamos la subida hacia Rochefort. Era evidente que el Padre sufría; arrastraba un pie y guardaba silencio tras la meditación. De repente le vimos sentarse sobre un montón de piedras.

- Amigos míos, dijo, aquí me quedo; no puedo más. Continúad vosotros, descansaré y os alcanzaré más tarde como pueda. G... se quedará conmigo, pues veo que no está mucho mejor que yo.

Brillaba la luna; a su pálido resplandor examinamos los pies del peregrino. Nos dimos cuenta de que llevaba zapatos nuevos, demasiado estrechos, que habían herido sus pies. ¿Qué hacer? El señor Ferry tuvo la ingeniosa idea de cortar en tiras el empeine de los zapatos, al estilo de las *alpargatas*. El Padre se calza, se levanta, da algunos pasos y estalla en carcajadas con el mejor humor exclamando:

- ¡Me habéis salvado la vida! ¡Es delicioso! Puedo hasta bailar. ¡Adelante!

Cerramos filas para rezar el rosario. El disco solar aparece en el horizonte, la alondra se eleva entonando su canto; nuestro guía interrumpiendo el rezo, en éxtasis ante la hermosa naturaleza que nos sonrío, levanta los ojos al cielo brazos abiertos:

- ¡Oh! Dios mío, ¡qué magnífico eres en tus obras y qué bueno con nosotros!, dijo. Amigos míos, saludemos a la Santísima Virgen con el *Angelus*, pues las campanas deben estar sonando a estas horas.

Finalmente llegamos al pie de la colina santa; comenzamos la ascensión. El Padre quiere absolutamente subir descalzo; nos oponemos unánimemente; logramos a duras penas impedirselo. Celebra la misa con una devoción impactante, tras habernos invitado a unir nuestras oraciones a las suyas para que se cumpla un voto que le ha traído hasta el santuario de la Madre de Dios. ¿De qué voto se trataba? No nos lo dijo; todos pensamos que se trataba de su Congregación religiosa aún en pañales.

Tras el almuerzo, presidido por el Padre León, superior de los Maristas, la piadosa banda se divide en dos: el Padre, el abate Blanchet, los señores Germer-Durand, J. Monnier y Víctor Cardenne se dirigen hacia la Cartuja de Valbonne; los señores L. Ferry, E. Légier, y H. G... se fueron a dormir a Aviñón tras una larga marcha de cuatro horas por un camino polvoriento e interminable. De Aviñón, por Tarascón y Beaucaire, retornaron a Nimes, quemados por el sol, muy fatigados, pero felices de haber realizado una peregrinación que les dejaba en el alma recuerdos impreciosos.

### **Homenaje agradecido**

¿Qué se han hecho aquellos días felices en que, niños, estábamos en el colegio de la Asunción bajo la autoridad del señor d'Alzon, su director, y del señor Tissot, el subdirector? Un poeta oriental ha dicho: "La felicidad germina y crece en la tierra; sólo florece en el cielo". Alguien podría estar tentado de preguntarse con un filósofo moderno: "¿Merece la pena la vida?". Sin embargo, puesto que la vida nos permite realizar acciones libres que la gracia de Dios hace meritorias, es cierto que los muchos años son una bendición. ¿No resulta dulce, no ya como un sueño transitorio, sino como una realidad que ha dejado hondos surcos, saborear aquellos días de nuestra infancia protegidos bajo los techos de nuestra querida Asunción?

¿Podríamos separar el recuerdo de aquellos dos hombres cuya fisonomía descuella sobre el conjunto de maestros venerados: el Padre d'Alzon y el Padre Tissot?

Todavía vive fresco en mi memoria aquel día en que, a finales de 1844, fui llevado a la Asunción; tenía yo once años. El señor Tissot vino a acogerme al recibidor. Le estoy viendo aún: alto, delgado, un tanto encorvado; vestido con una sotana muy larga, demasiado amplia para él; llevaba su birreta desplegada debajo del brazo izquierdo, como un libro. ¡Qué dulce y hermosa fisonomía! Una auténtica mamá en sotana.

- Hijo mío, me dijo, ¿quieres entrar en la Asunción? Está bien, te acepto, no olvides esto: en la capilla, reza bien; en el estudio y en clase, trabaja; en el comedor, come con buen apetito; en el patio, diviértete con todas tus fuerzas; así todo marchará bien.

Fui llevado después ante el vigilante de mi sección, el humilde y suave abate León d'Everlange; era diácono, en espera de la edad para ser ordenado sacerdote.

Al día siguiente, vinieron a llamarme para ser presentado al señor d'Alzon. Nunca le había visto de cerca; a la sazón yo era muy tímido; sólo de pensar que iba al despacho del señor director me hacía temblar. Casi me desmayo cuando llamé a la puerta y escuché el "adelante" pronunciado en un tono de voz tan diferente al del abate Tissot.

Entré; estaba sentado delante de su escritorio, en el que había un gran crucifijo de marfil. Me miró atentamente; me miró de arriba abajo sin pronunciar palabra, sus ojos me perforaban. Leyó mi turbación, sonrió, puso su mano sobre mi cabeza con gesto amigable, luego me dijo:

- Irás a la clase de francés; el señor Cusse y el señor Guiot serán tus profesores; el señor Durand te examinará para saber cómo andas en estudios. ¿Es cierto que quieres ser sacerdote?

- Sí.

- Entonces hay que aprender latín; bueno, reza mucho y arreglaremos lo demás. El señor Monnier me ha hablado de ti; estaba presente cuando representaste a *Atalía*. Dice que te salió muy bien; pero entonces no debías tener tanto miedo como ahora, ¿no?

En éstas recobré un poco de aplomo para decir:

- Entonces yo no me sentía tímido; ¡no le tenía a usted delante!

El Padre me abrazó, se rió de buena gana y me despidió.

Desde aquel momento quise mucho a este hombre; conquistó mi corazón; se quedó en él para siempre. ¿Tiempos pasados, no volveréis? En el cielo, Padre, nos encontraremos; ¡que Dios me conceda tal gracia!

La bondad divina nos conserva aún a "Mamá Tissot"; hace provisiones abundantes para el cielo; atesora para la eternidad; debe haber juntado una hermosa fortuna. No ha olvidado lo que el Cura de Ars le dijo un día:

- ¡Vamos, nos veremos en el cielo!

Esta palabra vale más que el oro. Le hará subir más rápido que si el Padre Tissot tomara uno de sus famosos globos. ¡Oh, aquellos globos de la fiesta de San Carlomagno! Yo era su confidente cuando los confeccionaba. En el dormitorio de los mayores, sobre las baldosas, había trazado sus líneas. Tras haber cortado los papeles, vino el momento de pegarlos, esto se hizo en secreto en una habitación que ya no existe, en *el Arca de Noé*.

Llegado el día, partimos hacia el Mas Boulbon. Los alumnos ven que llevan tres envoltorios. ¿Qué será? ¿Qué hay dentro? Todo el mundo lo ignora. Por fin, después del almuerzo, proclaman a trompetazo limpio: "elevación de globos". Hay tres, dos pequeños para las pruebas y uno grande, *el de verdad*.

Inflan el primero, con un calentador que lleva; se incendia y se deshace en humo. El segundo sube unos cinco metros, luego cae, y el incendio lo devora en un abrir y cerrar de ojos. Los ensayos resultan un desastre, pero en fin son sólo intentos. ¡He aquí el grande! Se llama *Asunción*. Se infla, su forma es graciosa; sus costuras están cubiertas por bandas de papel azul; es blanco y azul, los colores de la Patrona del Colegio.

Se coloca el calentador lleno de estopas impregnadas de alcohol. ¡Está a punto de elevarse! El señor Tissot para la maniobra. Premunido de una gruesa jeringa le inyecta agua para que no se prenda como los otros. Desgraciadamente, la inyección ablanda el papel. Pese a todo empieza a elevarse, acompañado por las aclamaciones frenéticas de los alumnos. Para impulsarle a despegar, he aquí que el señor Tissot abre sus grandes brazos y le propina dos vigorosos puñetazos de abajo hacia arriba. Resultado catastrófico: los puños rompen el papel mojado; el aire caliente escapa por los dos huecos; el calentador resulta impotente para elevar todo aquello. Todo se derrumba, prende fuego...; la decepción se dibuja en todos los rostros, menos en el del señor Tissot; impasible dice sencillamente:

- ¡A jugar a la barra!; la próxima vez saldrá mejor.

"Mamá" Tissot nunca ha cesado de subir al cielo; aún no le hemos perdido de vista, a Dios gracias, pero debe de haber llegado muy alto. No os preocupéis, no bajará como sus famosos globos, el fuego que le anima es el que le da vida y lanza sus llamaradas hasta el hogar del amor divino.

## NOTA

Aquí termina la Primera Serie; contiene sesenta *Anécdotas*.

El Padre Picard me escribía tiempo ha: "*¿Por qué no pones por escrito tus recuerdos a medida que se presentan sin preocuparse mucho de ordenarlos? Un rasgo, una palabra, un hecho trazados en pocas líneas quedarían consignados y llevados inmediatamente a todas nuestras casas. Nuestro deber de auténticos hijos del Padre d'Alzon es hacer vivir a nuestro Padre en las generaciones futuras. Nadie como él tenía la inteligencia de su tiempo. Recordando sus hechos, estamos seguros de causar un gran bien*".

He seguido el consejo de mi antiguo compañero y viejo amigo. He escrito sencillamente, sin pretensiones, sólo preocupado de ser exacto y de evitar las exageraciones. He querido presentar a los queridos religiosos de la Asunción la fisonomía de nuestro Padre en toda su belleza natural, en su auténtica expresión. Es un trabajo para la intimidad de la familia. Si lo he logrado, doy gracias a Dios que ha conservado en mi memoria los recuerdos del pasado, permitiéndome también dar a mis amados Agustinos de la Asunción una prueba de afecto fraterno.

Ahora esperaré, antes de retomar la pluma, el parecer de quienes deben decirme con total franqueza si he de continuar garrapateando nuevas *Anécdotas*.